



La Navidad de los Wright

May Bonner,
Claudia Cardozo,
Elizabeth Bowman,
Julianne May,
Raquel Gil Espejo
y Arlene Sabaris

Selecta



La Navidad de los Wright

*May Bonner, Arlene Sabaris, Raquel Gil Espejo, Julianne May, Claudia
Cardozo y Elizabeth Bowman*

Selecta

Se dice que no hay Navidades como las de antes, así que ¿por qué no trasladarnos a unas fiestas de Navidad en la época de Regencia? Con una buena chimenea encendida, la nieve que cae fuera y todos reunidos alrededor de una mesa iluminada por candelabros...

Podemos empezar a soñar...

Sorpresa de Navidad

May Bonner

¿Cuántas veces tendré que repetirme que las apariencias engañan...?

Diario de Elena

Thynne House. Diciembre de 1818

Elena Arce García de Arteaga, o Elena Wright, como la llamaban todos, estaba asomada al ventanal de su dormitorio contemplando el amanecer con una sonrisa que le iluminaba la cara. Aún le costaba creerse que, después de todo lo que había pasado, Matthew y ella estuvieran por fin juntos y que ya llevaran casados varios meses.

—Mi primera Navidad en Thynne House... —murmuró con un cosquilleo en el estómago y casi con incredulidad.

«Matthew es mi marido y esta es mi casa... soy la duquesa de Grafton y señora de Thynne House», solía pensar aún con extrañeza y alegría al mismo tiempo. Amanecer cada día allí junto a él le parecía un milagro que había estado a punto de no suceder.

Esa mañana, sin embargo, al despertarse vio que Matthew no estaba a su lado. Seguramente habría salido a montar y no habría querido despertarla. Se sintió un poco decepcionada, echaba de menos los besos con los que solía darle los «buenos días».

—¡Oh, no es eso! —exclamó de repente y se apartó de la ventana—. Me dijo que saldría para Brighton muy temprano —añadió con desánimo, aunque al mismo tiempo sonrió al recordar cómo se había despedido de ella la noche anterior.

«Necesito llevarme un buen recuerdo para soportar estos días lejos de ti», le había asegurado.

Era la primera vez que se separaban más de un día desde la boda y no podía evitar sentirse decaída, pero no había tiempo para quejas, pronto llegaría la Navidad y había mucho que hacer. Aún estaba aprendiendo a ser la señora de una casa como aquella y tenía que esforzarse al máximo. Se reuniría con el ama de llaves —que seguramente a esa hora ya la estaría esperando — y comenzarían a planificar todos los detalles. Serían sus primeras fiestas en Thynne House y quería que todo fuera perfecto. Se retocó el pelo frente al espejo y salió con decisión dispuesta a afrontar la tarea.

—Encantada de verla, lady Milford. No esperaba su visita y me alegra mucho esta sorpresa —dijo Elena con sinceridad.

La vieja amiga de su suegra, que tanto quería a Matthew, se había convertido en alguien a quien la joven apreciaba de verdad. Además, a Elena le encantaban las visitas, por lo que en cuanto le comunicaron que había llegado, dejó lo que estaba haciendo y fue inmediatamente a recibirla.

—Solo pasaba por aquí hacia la casa de mi hijo y no podía dejar de hacer una parada en Thynne House —explicó lady Milford.

—¿No la acompaña su marido?

—Se reunirá con nosotros pocos días antes de Navidad —contestó antes de seguir a la anfitriona hasta el salón de música. Era una estancia de las más pequeñas de la casa (y aun así era muy grande), pero a ella le encantaba.

Elena ordenó que les sirvieran el té y las dos mujeres se enfrascaron en una animada charla. La joven estaba muy contenta porque, a pesar de la cantidad de sirvientes que había en la inmensa mansión, cuando Matthew no estaba, Thynne House le parecía vacía. En un momento determinado, Elena dijo:

—Me gustaría que Matthew pudiera saludarla.

—Oh, ya sé que él no está... —respondió lady Milford.

«Sí, ha ido a Brighton a...», iba a contestar Elena, pero no tuvo ocasión.

—... Lo vi ayer por la mañana en Londres —prosiguió la invitada, y la joven sintió una punzada en el pecho.

«¿En Londres? Pero no me había dicho nada de que iría allí. Me había asegurado que iría directo a Brighton y regresaría desde allí».

—¿Te encuentras bien? Te has puesto pálida de repente —le dijo una preocupada lady Milford —, ¿quizá tienen ya buenas noticias que comunicar?

—Oh, sí. No es nada. Un ligero resfriado —improvisó tratando de recomponerse.

—Pensé que tal vez habría pronto un pequeño Thynne correteando por aquí.

—No... aún no —respondió poniéndose ligeramente colorada.

Después de eso, Elena casi no prestó atención a la conversación, aunque logró disimularlo. Y cuando un buen rato más tarde, lady Milford dio por concluida la visita, la joven duquesa se sintió aliviada.

Estuvo pensativa todo el día y por la noche apenas pudo conciliar el sueño: amaba tanto a Matthew que le asustaba cualquier cosa que pudiera interferir en su felicidad. Después de muchas vueltas, decidió que lo mejor sería esperar a que su marido regresara. Seguro que aquel cambio de planes tenía alguna explicación.

15 días para Navidad

La tarde en que Matthew regresó, Elena lo recibió con alegría, pero él pudo percibir que había

algo raro en el ambiente. No hubiera podido explicar qué era, pero lo notaba. Y eso que Elena no podía saber... No, era imposible que se hubiera enterado. Así pues, durante la cena estuvieron hablando de trivialidades. Ella apenas le preguntó sobre el viaje —y él se alegró considerablemente, pues no le gustaba mentirle—. En lugar de ello le dio completos detalles de los preparativos que estaba llevando a cabo para las fiestas de Navidad.

—He encargado un árbol muy grande para el salón principal —explicó ella, pero el joven tenía la sensación de que era un entusiasmo forzado.

«Quizá estoy un poco paranoico», reflexionó.

Elena, por su parte, no quería dejar de hablar para no pensar y sobre todo para no ceder al impulso de interrogarlo. Matthew no había mencionado nada sobre su visita a Londres, es más, había recalcado que regresaba desde Brighton.

Se fueron a dormir y él siguió sin decir nada. Elena se tenía que contener cada vez con más fuerza para no preguntar. Cuando él la besó para darle las buenas noches, ella se apartó enseguida alegando cansancio y un ligero resfriado, aunque en realidad estaba deseando que se durmiera. Veía que le iba a resultar imposible fingir si seguían hablando o si él volvía a besarla de aquella manera. Matthew, a su vez, que a pesar de todo no tenía motivos para no creerla, la besó de nuevo, pero esta vez en la frente, y se preocupó de que el fuego de la chimenea no se apagase para que la habitación se mantuviera caliente.

10 días para Navidad

Pasaron algunos días sin que ninguno de los dos mencionara nada sobre el viaje. Matthew sentía que una especie de frialdad se había instalado entre ellos. Elena lo trataba como siempre, pero había algo... Cuando le preguntaba, ella siempre contestaba que estaba inquieta por los preparativos de las fiestas, y él deseaba creerla. Podía ser eso, sin duda, ya conocía bien la pasión que su esposa le ponía a todo lo que hacía, y llevar una mansión como Thynne House era una labor que podía resultar extenuante. Confiaba en que cuando todo estuviera ultimado, Elena volvería a ser la de siempre.

Ella, en cambio, procuraba trabajar cada vez más para tener menos tiempo para pensar. No entendía qué ocurría y a esas alturas le daba miedo saberlo.

Una mañana Elena entró en el salón llevando en los brazos un gran ramo de flores frescas recién cogidas del jardín delantero, para adornar todos los rincones de la casa, cuando oyó que había alguien cuchicheando en el salón de las Palmeras, llamado así por el diseño del papel que cubría las paredes.

—Y si crees que puede crearos problemas, ¿por qué no se lo dices?

—No puedo, después de todo este esfuerzo no quiero tener que hacerlo...

Elena no había logrado alcanzar a escuchar eso que acababan de decir, aunque había entrado

con toda la rapidez que pudo para averiguar de quién se trataba.

—¡Pero, Alfred! ¡No sabía que habías llegado! —exclamó la joven con sorpresa al ver con quién estaba hablando el duque. Se trataba de Alfred Fretwell, marqués de Somerset y primo de su marido.

—Sí, Matthew me ha pedido que...

—... que venga a visitarnos —se apresuró a responder el aludido ante la mirada de sorpresa de Alfred.

—Sí, sí, eso... Acabo de ver a tía Isabella en Thynne Cottage y después he venido directamente. Espero no molestaros.

—Claro que no, sabes que siempre eres bienvenido —respondió ella con alegría, obviando la reacción de su marido.

—Muchas gracias —respondió él haciendo una cortés inclinación de cabeza.

—¿Te quedarás muchos días? —preguntó Elena mientras se acercaba a una de las mesitas que flanqueaba el ventanal para dejar las flores sobre ella.

—Pues no lo había pensado... Quizá, si de verdad no os molesto, me decida a pasar aquí la Navidad.

—Nos encantaría —aseguró la joven—. Tener a toda la familia reunida en Thynne House sería maravilloso. Cuantos más seamos, mejor.

—Bien, ya está todo dicho, Alfred. Considérate oficialmente invitado, aunque tú no necesites de esas formalidades —añadió Matthew.

—Pues de nuevo, gracias —sonrió el aludido mirándolos a los dos con felicidad.

Elena continuó con su tarea de arreglar los jarrones con la esperanza de que siguieran con la conversación que había interrumpido con su llegada, pero en lugar de eso, Matthew pidió a su primo que lo siguiera hasta los establos para enseñarle su última adquisición.

9 días para Navidad

Matthew se había marchado temprano esa mañana, casi ni se había sentado a desayunar. Esta vez ni siquiera se había molestado en aducir algún pretexto para no acompañarla hasta que se terminara su café —Elena mantenía su costumbre de tomar café o chocolate por las mañanas, aunque se había adherido con entusiasmo al té de las cinco—. La joven, sin embargo, no le había hecho ningún comentario. No quería ser de esas esposas fastidiosas que andaban todo el día detrás de sus maridos preguntándoles dónde habían estado. Ella no era así. Si él quería hacer una vida independiente, ella haría lo mismo. Aunque le doliera mucho, pues no sabía a qué se debía aquel cambio de actitud.

Después de atender al ama de llaves y asegurarse de que los preparativos para la cena de Nochebuena y la comida de Navidad estaban bastante avanzados —ya habían elegido los menús

y habían encargado lo necesario a los proveedores que se habían comprometido a servir los pedidos a tiempo—, decidió dar un paseo por el jardín para despejarse. Salió por la entrada principal y paseó sin rumbo.

Al pasar cerca del bosquecillo que había al norte de la propiedad, sintió que tenía que realizar verdaderos esfuerzos por reprimir el impulso de subirse a un árbol como cuando era niña. «Y tirarle una piña a la cabeza», pensó. Ser adulto era muy aburrido, desde luego. Deseaba estar allí arriba para alejarse de todos y poder así reflexionar con tranquilidad, pero se contenía porque, ¿qué diría la gente si se encontraba a toda una duquesa encaramada a la rama más alta de uno de los árboles en los jardines de Thynne House? Seguro que sería la comidilla de todos durante años. A la antigua Elena eso no le hubiera importado nada, pero ahora tenía responsabilidades, y la educación que la tía abuela Teresa le había inculcado había hecho efecto: «A eso se le llama madurar. La tía abuela estaría encantada si lo supiera...», pensó mientras aceleraba el paso para alejarse de allí y evitar así caer en la tentación.

En esas reflexiones andaba cuando vio de lejos a Alfred sentado en un banco de piedra de los que había junto a las fuentes, con un aspecto de absoluta desolación. Creyó que ayudar a otra persona en sus problemas podría distraerla de sus pensamientos y decidió acercarse a él.

—¿A qué viene tanta melancolía? —preguntó Elena cuando llegó a su lado.

Alfred suspiró antes de contestar:

—¿Tan evidente es? No se te escapa nada...

—Me temo que sí —aseguró la muchacha sentándose también.

—Pues la culpa la tiene cierta joven que he conocido en Escocia. Su familia es muy estricta y apenas sale de casa. No encuentro forma de verla.

—Pues ¿qué tiene que objetar su familia sobre ti? Tu nobleza está fuera de dudas —animó la joven.

—Creo que no se fían de un caballero soltero proveniente de la gran ciudad de Londres y que vive solo en una casa con una destilería en la propiedad.

Elena sonrió:

—Comprendo... ¿Y se puede saber cómo se llama esa afortunada joven que espero merezca tus desvelos?

—Los merece, te lo aseguro. Se llama Kirstin Fraser, y su padre es uno de los terratenientes más importantes de la zona. Por lo que he podido averiguar de él, el hecho de ser de la nobleza provinciana le hace ser muy suspicaz a la hora de proteger el buen nombre de su familia. Tiene a sus hijas prácticamente secuestradas... —se quejó amargamente el joven.

—Estoy segura de que, si tus sentimientos son verdaderos, encontrarás la manera de averiguar si ella te corresponde —aseguró Elena para darle ánimos.

—Lo son... Nunca había sentido nada parecido. Ya ves, yo que me había jurado no volver a comprometerme...

—Contra el corazón no se pude luchar, aunque a veces duela —sonrió la muchacha.

—Lo sé... Por favor, no dejes que nada se interponga entre Matthew y tú... —Elena se puso tensa—. Disculpa que me entrometa, pero os noto extraños... Te aseguro que nunca ha amado a nadie como a ti.

—Puedes creerme si te digo que yo no estoy haciendo nada que pueda perjudicar nuestro matrimonio.

—Si estás disgustada por algo con él, puedes estar segura de que sea lo que sea lo que se trae entre manos, debe tener una buena razón. Espero no haberte ofendido.

—No, al contrario. Agradezco tu preocupación y también me gustaría poder hacer algo por ti.

—Eso es mucho más complicado...

Una vez que hubo regresado a la casa, Elena estuvo pensando mucho en lo que Alfred le había contado, y se le ocurrió una idea. Además, estar entretenida con otros asuntos templaría sus nervios respecto a Matthew y su extraño comportamiento. Se dirigió a su gabinete, tomó papel y una pluma y comenzó a escribir:

Estimado señor Fraser,

Estoy segura de que le sorprenderá mucho mi carta, pero hace poco que un pariente muy querido se trasladó a vivir a Speyside, y como me consta que es su ferviente deseo formar parte de esa comunidad, me he tomado la libertad de escribirle. Y lo he hecho porque ha llegado a mis oídos que su familia es una de las más distinguidas de la comarca, por tanto me permito el atrevimiento de invitarlos a visitarnos en Thynne House cuando lo estimen oportuno. Tanto el duque como yo misma estaríamos encantados de recibirlos. Incluso si desearan pasar la Navidad con nosotros, nos sentiríamos complacidos.

Elena W. Duquesa de Grafton

5 días para Navidad

La primera en llegar fue Charlotte. Se había adelantado, pues quería pasar más tiempo con Elena antes de regresar a Austria como tenía previsto.

—No sabes cómo me alegro de que estés aquí, Charlotte —dijo al recibirla en la puerta.

—Ya que he regresado a Inglaterra no iba a perderme la Navidad con la familia —respondió aquella abrazando a su prima.

Con los brazos entrelazados, entraron en la casa y se acomodaron en la sala de música que tanto le gustaba a Elena.

—Tienes que contármelo todo. ¿Cómo es tu nueva vida de casada? ¿Dónde está Matthew? —

preguntó Charlotte, que no había visto a la muchacha desde la boda, casi tres meses atrás.

—Oh, vendrá enseguida. Ha salido a montar con Alfred, que también está aquí y se quedará en Navidad... Y soy... soy muy feliz —respondió enseguida intentando aparentar normalidad, pero su prima captó algo en su voz y en su mirada.

—Me alegro... —respondió esta con cautela.

En ese momento entraron Matthew y Alfred, que aún no se habían cambiado después de su paseo a caballo.

—Hola, solo venimos a recibir a la recién llegada y en seguida vamos a asearnos —aseguró Matthew alegremente.

Tras unos cariñosos saludos, ambos hombres salieron del salón, como habían anunciado, para prepararse para la cena.

—Me alegra veros juntos así... —dijo Charlotte cuando se quedaron de nuevo a solas.

—Sí, sí... te aseguro que todo es maravilloso.

Charlotte observó a su prima un momento y añadió:

—Pero algo te preocupa.

—¿Por qué dices eso?

—Porque te conozco y no eres capaz de disimular. ¿Cómo expresarlo? Te falta tu chispa de siempre.

Elena guardó silencio mientras sopesaba si debía sincerarse con ella. Finalmente, dijo:

—Es por Matthew... Tengo miedo de que se aburra de su nueva vida de casado...

—¿Por qué habría de ocurrir semejante cosa? —preguntó su prima extrañada.

—Pues, es difícil... —balbuceó con desgana, aunque acabó por contarle todo lo que sucedía.

Charlotte la escuchó con atención y respondió:

—No es que yo sea una experta en estos asuntos, pero te aseguro que él te mira como siempre... Como deseé que volviera a mirarme el marqués de Wingrove.

Elena le apretó una mano para reconfortarla al oírla mencionar aquel nombre. Sabía cómo le dolía aún que su relación con el marqués no hubiera prosperado. Charlotte sonrió y prosiguió hablando:

—... Estoy segura de que existe una buena razón para todo esto.

—Eso mismo me dijo Alfred.

—Pues claro, y él lo conoce mucho mejor que yo.

Elena se sintió animada con esas palabras y decidió que, por mucho que le costara, debía intentar darle un voto de confianza.

3 días para Navidad

Elena se despertó un poco sobresaltada. Miró alrededor y comprobó que Matthew no estaba a

su lado. Se levantó y se puso una bata. Se detuvo un momento en la oscuridad, aguzando el oído por si aún estaba en la habitación. De pronto escuchó como un golpe seco fuera. Salió con sigilo y vio una sombra cruzar por el pasillo en dirección a la escalera. Procurando no hacer ruido, siguió a la figura que se movía con rapidez hacia el piso inferior. Al llegar al pie de la escalera, pudo percibir que quien fuera se escabullía por una puerta lateral. Con el corazón desbocado, esperó unos segundos antes de seguirle. Caminó con cuidado a través del pasillo apenas iluminado hasta llegar a una salida que daba al jardín, pero cuando llegó solo pudo ver cómo la figura cuchicheaba a lo lejos con alguien a quien tampoco pudo reconocer y cómo ese desconocido parecía entregarle un paquete. Cuando intentó acercarse más, los dos corrieron en direcciones distintas hasta desaparecer de su vista. Elena permaneció aún unos momentos intentando recuperar el aliento y presa de una gran inquietud.

De regreso a su dormitorio no se encontró a nadie. Todos dormían en la casa, pero Matthew aún no había vuelto de su excursión nocturna, si es que la figura que había perseguido era él. Lentamente se acostó, aunque de sobras sabía que no podría dormir. Unos minutos más tarde escuchó llegar a su marido. Se colocó junto a ella procurando no molestarla y ella no le hizo saber que estaba despierta. Poco rato después, Elena pudo escuchar la tranquila respiración de Matthew, que ya dormía profundo.

2 días para Navidad

Elena se mostró distraída durante el desayuno. Se habían levantado muy temprano, y ni Charlotte ni Alfred se habían unido a ellos todavía. Apenas respondía con monosílabos a todas las preguntas que Matthew le hacía. Se había interesado por la nueva yegua que habían comprado, el rendimiento del nuevo jardinero y hasta si tenían lo necesario para preparar el menú de Nochebuena, pero ni una palabra sobre su «excursión nocturna» ni sobre lo que consideraba su «extraño comportamiento».

—¿Estás aquí? Te noto muy lejos —le preguntó al fin con delicadeza.

—¿Eh? No, lo siento... Solo estaba pensando en... en mi abuelo. Parecía un poco cansado la última vez que lo vi —improvisó ella.

No quería preguntarle directamente. Tenía la esperanza de que él se sincerara, que confiara en ella, que no dejara que las cosas se estropearan más.

—No te preocupes. No me pareció que estuviera mal ni mucho menos.

—Quizá, pero es tan mayor... No puedo evitar inquietarme. Si a ti te preocupara algo, ¿me lo contarías, verdad? —inquirió mirándolo con interés.

—¿Por qué me preguntas eso? —respondió él echándose apenas hacia atrás. Un movimiento sutil que Elena percibió con claridad.

—Por nada, es solo que yo te cuento mis problemas y me gusta que tú hagas lo mismo.

—Claro. Ya sabes que es así. Si hubiera algo que contarte, lo haría —aseguró él con una sonrisa que a la joven le pareció un tanto forzada.

Enseguida apuró su té y se excusó diciendo que debía despachar algunos asuntos con el administrador. Elena tuvo la sensación de que simplemente huía.

Un día para Navidad

La víspera de Navidad amaneció con un día radiante, algo poco común por esos parajes en aquellas fechas. Elena se alegró, aunque por otra parte hubiera deseado una Navidad nevada. El día anterior habían llegado todos los invitados: la familia al completo y también los Fraser, para sorpresa de Matthew y entusiasmo de Alfred, que no encontró palabras para agradecérselo. Pero ese día aún había mucho que preparar, y la esperaba una larga jornada de trabajo, así que tenía que espabilar y no hacerse la remolona.

Por tanto fue la primera en levantarse. Bueno, eso creía ella, porque después de deslizarse con sigilo fuera de la cama, se dio cuenta de que Matthew ya no estaba allí. No le reprochaba que no la hubiese despertado; quizá, con lo tirante de la situación, no se había atrevido. Pero esa mañana fue diferente; después de que su doncella se retirara tras ayudarla a vestirse y peinarse, se encontró con que Matthew la estaba esperando al otro lado de la puerta. La tomó de la mano en silencio y la condujo escaleras abajo hasta el salón principal. La joven no dijo nada y se dejó llevar, sintiendo el corazón acelerado, hasta situarse frente al gran árbol de Navidad que había decorado con velas y guirnaldas el día anterior. Elena no se dio cuenta hasta que él señaló a un lado del árbol y entonces lo vio. El belén más hermoso que había contemplado en su vida.

—Pero ¿y esto? —preguntó sin comprender.

—Tu padre me dijo lo que te gustaba colocar un belén en Navidad, así que he querido darte una sorpresa. ¿Te gusta?

—Me encanta —respondió ella sinceramente inclinándose para admirar las tallas más de cerca. Eran de una delicadeza extraordinaria.

—Me alegro de verdad. Es del mejor artesano italiano... Ha sido una verdadera odisea conseguirlo a tiempo... Lo iban a enviar a Brighton, pero no sé por qué acabaron mandándolo a Londres y tuve que ir a comprobar que había llegado bien y concertar la entrega. No quería intermediarios —explicó—. Allí me encontré con Alfred, y cuando lo vi tan deprimido lo invité a visitarnos.

—Así que por eso fuiste a Londres... —sonrió ella por primera vez en muchos días, con su chispa de siempre—. Pero ¿por qué ocultar el viaje? Cuando lady Milford me dijo que te había visto allí...

Matthew cayó en la cuenta de lo que había estado ocurriendo todo aquel tiempo.

—No pretendía esconder nada. Simplemente no sabía que te habías enterado, y como no

comentaste nada, ni siquiera se me ocurrió.

—¿Y tu excursión nocturna?

—¿También te diste cuenta? Había concertado la entrega para la víspera de Nochebuena, pero, por alguna razón que tampoco comprendo, lo enviaron antes, así que el pobre Kenton tuvo que levantarse y vino a despertarme, porque no sabía si debía aceptar el envío...

—¿Cómo se te ocurrió esta idea? —preguntó divertida.

—Fue Alfred quien me puso en contacto con el belenista. Estuvo en Italia concretando la compra de unas barricas y le hice el encargo de que encontrara al mejor artesano fabricante de belenes... Si tu familia hubiera estado en España se lo hubiera podido encargar a ellos, pero como estaban aquí...

—No sabes cómo me has asustado.

—Pero ¿por qué? Tú sí me tenías preocupado. Estabas tan distante y con un humor tan cambiante...

—Creía que te habías aburrido de tu nueva vida... y de mí —aseguró ella con lágrimas en los ojos.

—¿Cómo puedes pensar eso? Me juzgaste sin más. ¿Es que a estas alturas no me conoces? El miedo y la desconfianza son enemigos del amor.

—Tienes razón, no volveré a dudar.

—No he amado a nadie en mi vida como a ti, y así será siempre —añadió tomándola de una mano y atrayéndola hacia sí—. Tan solo pretendía hacerte feliz y que no añoraras tanto tu tierra en Navidad. Si hubiera imaginado que te causaría sufrimiento nunca lo habría hecho. Solo pretendía darte una sorpresa.

—Y me encanta, pero no hagas algo así nunca más.

—De acuerdo —añadió él acercándose suavemente y besándola con urgencia, como si quisiera recuperar esos días que habían pasado distanciados, mientras Elena le correspondía con igual energía.

Empezaron a escuchar ruidos fuera del salón. Thynne House se despertaba.

—Hoy hay mucho que hacer, pero tú y yo tenemos una cita para recuperar el tiempo perdido en cuanto estemos a solas —advirtió él.

—Lo estoy deseando —aseguró ella.

Reunidos en Nochebuena alrededor de la gran mesa del salón principal de Thynne House se encontraba toda la familia. Los Wright al completo: George y Teresa, condes de Haworth y tíos abuelos de Elena; Harold y Eleanor, hijo y nuera, respectivamente, de aquellos; y sus nietos: Charlotte, Thomas, Linus, Aileen y Elisabeth. También estaba Gaspar García de Arteaga, abuelo de Elena, y los padres de esta, Roberto y Genoveva. Además, su hermano Miguel con su esposa,

Ana, y su hijo Jaime. Habían llegado a Inglaterra desde España para la boda de Elena y Matthew y habían decidido permanecer en Inglaterra para poder pasar juntos la Navidad. También estaban allí Alfred e Isabella Thynne, la madre de Matthew, que parecía encontrarse algo mejor, aunque su doncella no se separaba de ella un instante; y junto a ellos, los Fraser, que se mostraban encantados de compartir aquella fiesta en Thynne House. La mesa estaba adornada con flores frescas y candelabros, que hacían el ambiente íntimo y acogedor, aunque las grandes arañas del techo también estuvieran encendidas, al igual que la imponente chimenea. Asimismo, la mesa estaba repleta de bandejas con succulentos manjares y, cómo no, el *pudding* de Navidad. Tampoco faltó el turrón como homenaje a España, país de la duquesa, ni los *shortbread* escoceses. La cocinera, sin duda, se había superado.

En un momento determinado, George Wright se levantó y pidió un momento de atención. Las conversaciones cesaron y todas las miradas se dirigieron hacia él.

—Deseo que brindemos por la bendición de estar todos juntos para celebrar el nacimiento de Nuestro Señor. Sé que no os apetece mucho oír discursos y sí probar la deliciosa cena que nos han preparado —añadió mientras un murmullo de risas recorría la mesa—, así que simplemente os deseo feliz Navidad.

Todos alzaron sus copas a la vez y se felicitaron unos a otros. La tía abuela Teresa también quiso añadir algo:

—Sí, querido, tienes razón. Doy gracias a Dios porque de verdad toda mi familia está aquí y por poder celebrar estas fiestas con mi hermano y sobrinos después de tantos años.

Matthew y Elena se miraron a través de la mesa y sonrieron con complicidad, mientras las risas se hacían generales.

Después de la cena, se reunieron alrededor del pianoforte para cantar villancicos. Se alternaron para tocar Charlotte, Alfred y Thomas, mientras los demás se servían ponche y charlaban animadamente.

Matthew se acercó a Elena y le susurró casi al oído:

—Mis felicitaciones, duquesa, por el éxito de la velada.

Le tomó una mano y se la apretó con cariño, y ella le respondió con una sonrisa radiante. No podía esperar mejor regalo que saber que su amor seguía intacto y tener a la familia y a los amigos reunidos.

—¿Así que pensabas que me dedicaba a seducir jovencitas, o que le había cogido tanto el gusto a ser la Sombra que había vuelto a las andadas? —le susurró de nuevo.

Elena sonrió recordando aquella tarde en que descubrió la identidad del ladrón más famoso del país y lo que Matthew había hecho para protegerla. En el fondo de su corazón siempre había estado segura de que habría una buena razón para lo que había ocurrido, pero el miedo a veces es el peor enemigo y no nos deja ver con claridad.

—Bueno, es que te comportabas como un auténtico conspirador... —rio ella.

Matthew la miró con expresión risueña.

—¿Y qué me dices de ti? Preparando en secreto un encuentro entre Alfred y Kirstin Fraser...

—No podía estar sin hacer nada viéndolo así, tan alicaído. Si se tiene la ocasión de hacer un bien, hay que hacerlo... Míralo ahora. Parece exultante. Y yo diría que la joven le corresponde —añadió ella observando cómo se miraban y cómo se compenetraban cuando él tocaba y ella cantaba.

—Y el padre de la muchacha parece haber olvidado las reticencias hacia mi primo...

—No me extrañaría que se celebrara otra boda pronto.

—¿Cómo se te ocurrió invitarlos? —preguntó con curiosidad. Había querido decírselo desde que llegaron.

—Simplemente pensé que alguien como el señor Fraser, según lo había descrito Alfred, no iba a desaprovechar la oportunidad de aceptar una invitación de los duques de Grafton.

—Eres muy lista, ¿lo sabes? —rió él apartándola hacia una esquina del salón para tener algo de intimidad.

—Lo sé —rió ella también.

—Te amo, «Gar».

—Prometiste no volver a llamarme así... —dijo ella fingiendo enfadarse al escuchar el viejo mote que él le había puesto hacía tanto tiempo—. Yo también te amo, pero, por favor, no más secretos, aunque sean para una sorpresa —añadió más seriamente.

—Lo prometo —aseguró él.

De repente alguien a su espalda exclamó:

—¡Mirad el ventanal! ¡Está nevando! —Era Jaime, que se mostraba emocionado. También era su primera Navidad con nieve.

Todos se precipitaron hacia las ventanas para contemplar la nevada.

—Pues al fin van a ser unas Navidades blancas —aseguró Elisabeth.

Matthew tomó de una mano a Elena y se acercaron al ventanal que tenían más cerca.

—Está siendo la mejor Navidad de mi vida —no pudo evitar exclamar.

—Me alegro mucho —dijo él.

—Mi primera Navidad en Thynne House.

—La primera de muchas.

—Lo sé —aseguró ella, y casi no le da tiempo, porque Matthew se inclinó para besarla y se le olvidó qué iba a añadir.

La tradición del árbol de Navidad en Inglaterra se remonta a la década de 1790, cuando Charlotte, esposa del rey Jorge III, nacida en Alemania, mandó decorar árboles para la festividad de Navidad.

La marquesa de Wingrove tiene un secreto

Claudia Cardozo

Londres, 1824

Charlotte Hamilton, marquesa de Wingrove, leyó con interés la nota que uno de los sirvientes de su madre, lady Berwick, le acababa de entregar.

Había llegado muy temprano, antes del desayuno, de modo que cuando ella bajó para reunirse con su esposo Hugh, esta aguardaba por ella en una bandeja junto al lugar que acostumbraba ocupar en el extremo opuesto de la cabecera.

Aquella había sido una concesión a las formas y a lo que los sirvientes esperaban de sus señores. La marquesa debía sentarse frente a su marido, como indicaba el protocolo; sin embargo, era una de las muchas normas que siempre transgredía porque, tan pronto como les servían el primer plato, Charlotte se apresuraba a ocupar el asiento junto al de Hugh y él parecía encantado con ello.

Esa mañana, no obstante, Charlotte tardó un momento en hacer el cambio. Antes leyó el mensaje tres veces con el ceño fruncido y, al fin, tras exhalar un hondo suspiro, hizo un gesto al lacayo para que trasladara el servicio a la silla contigua a la del marqués.

Una vez sentada junto a su marido, aguardó a que el lacayo volviera a su posición al lado de la puerta y se dirigió a Hugh en voz baja:

—Mi madre nos invita a participar en las celebraciones de Navidad y Nochevieja —indicó, alzando la nota para que él la viera—. Parece que ha planeado algo bastante... fastuoso.

Hugh frunció el ceño.

—¿Qué tan fastuoso? —preguntó con recelo.

—Lo suficiente para que justifique que invitase a cuarenta personas a quedarse en la casa.

—Cuarenta...

—Y a doscientas al baile que cerrará las festividades.

El marqués pareció anonadado, y lo cierto era que Charlotte no podía culparlo; ella aún sentía mareos solo de pensar en todas esas personas reunidas en la propiedad de su familia en Londres. Era una casa enorme; y su madre, una anfitriona magnífica, así que sin duda sería un evento memorable, pero aun así, tanta gente...

—Supongo que le responderás que nos dará mucho gusto asistir.

Charlotte parpadeó y esbozó una tibia sonrisa. No le extrañó que Hugh dijera eso porque, a pesar de ser un hombre extremadamente reservado y que habría preferido sumergirse en un estanque repleto de pirañas antes de pasar toda una semana rodeado por un sinfín de personas bulliciosas y embebidas por el ánimo festivo de la temporada, jamás se plantearía hacer algo que pudiera disgustarla.

Mientras que Hugh provenía de una familia pequeña, al grado que esta solo se componía de su adorada madre y algunos parientes lejanos, Charlotte era parte de un clan en toda regla. Y era un

clan muy sociable, además, de modo que siempre estaban rodeados por amigos y conocidos que participaban en todos los eventos que la vizcondesa organizaba con frecuencia, como esa gran celebración decembrina.

Y, por lo general, pese a que su carácter no distaba mucho del de su marido y a veces se sentía sobrepasada por el ajetreo propio de esas fiestas, lo cierto era que disfrutaba compartir el tiempo con sus seres queridos.

Pero ese año...

Ella y Hugh acababan de celebrar su primer aniversario como esposos y esas serían las primeras navidades que compartirían asentados del todo en su papel como marqueses de Wingrove. Y estaba también lo otro. Su secreto. ¿Cómo iba a protegerlo con toda su curiosa familia revoloteando a su alrededor?

—He estado pensando —empezó ella tras aclararse la garganta con suavidad, sus manos aferradas a la nivea servilleta con nerviosismo—. No tenemos que asistir.

Hugh se la quedó mirando como si creyera que había oído mal.

—¿Te refieres a la celebración de tu madre? —preguntó, como si necesitara dejarlo tan claro como fuese posible.

Charlotte asintió y unos rizos castaños le acariciaron la frente.

—Sí. Bueno... no creo que podamos evitarlo del todo; no quiero que mamá o mis hermanos lo tomen a mal —aclaró ella—. Pero podríamos evitar los días previos y presentarnos en el baile final, el de Nochevieja. Sería muy agradable recibir el nuevo año con ellos, ¿no lo crees? Mamá mencionó en la nota que había invitado a lady Wingrove.

Lady Wingrove era la marquesa viuda, la madre de Hugh, a quien veían con frecuencia y que, tras superar ciertas diferencias, sostenía una excelente relación con lady Berwick.

—¿No crees que tu familia pueda malinterpretarlo? —preguntó Hugh, y Charlotte notó que se contenía por disimular lo mucho que le entusiasmaba la idea—. No quiero ofenderlos.

—Claro que no. Ellos saben que nos gusta pasar tiempo a solas y que estas serán apenas las segundas navidades que compartiremos. Estoy segura de que lo entenderán.

—Y asistiríamos al baile.

—Claro. He pensado encargarme un vestido apropiado antes de que nos vayamos, de modo que lo tengan listo para nuestro regreso.

Hugh arqueó una ceja, lo que dotó a su atractivo rostro de un aire confundido, y Charlotte no pudo evitar pensar en lo mucho que le divertía cuando el motivo de su confusión era algo que ella había dicho. Le gustaba sorprenderlo, aunque era consciente de que lo que le tenía preparado era una sorpresa mayúscula, y eso no era más que el comienzo.

—¿Nuestro regreso? —repitió Hugh—. Pero... ¿A dónde vamos?

Charlotte esbozó la que sabía era su sonrisa más encantadora y lo miró a los ojos sin parpadear.

—Esa es otra cosa en la que he estado pensando —empezó.

El carruaje que los llevaría a la propiedad familiar en Kent, a solo un día de Londres, aguardaba por ellos con el cochero en el pescante y los briosos caballos relinchando a viva voz; casi como si se encontraran emocionados por iniciar el viaje.

Hacía un día nuboso y el sol apenas asomaba, tímido, pero eso no desalentó a Charlotte cuando abandonó la casa del brazo de su marido, aliviada porque su doncella y el valet de Hugh hubieran partido horas antes con el escaso equipaje que necesitarían para esos días en Wingrove Hall.

—¿Estás segura de que no prefieres que nos quedemos? El tiempo avizora tormenta.

Charlotte sonrió e hizo un gesto resuelto para restar importancia a las palabras de su marido.

—Son solo unas cuantas nubes —dijo, y luego le dio un cálido apretón cuando llegaron junto al carruaje—. Llegaremos en apenas unas horas, y podremos descansar en una posada si es necesario.

—Lo sé, pero no quiero exponerte a ninguna incomodidad.

—Solo podría sentirme incómoda si no estuvieras conmigo.

Hugh la atrajo hacia sí tomándola por el hombro, y Charlotte supo que, de no haberse encontrado a la vista de los sirvientes, no habría dudado en besarla. De modo que, luego de dirigirle una mirada cargada de promesas para cuando se hallaran a solas, le tendió una mano y la ayudó a subir al carruaje.

Los asientos estaban cubiertos por gruesas mantas, y su doncella se había ocupado de que se preparara un ladrillo caliente envuelto en un forro de lana de oveja para que le mantuviera los pies a buena temperatura, así que Charlotte no tuvo nada que objetar respecto a su comodidad durante el primer tramo del viaje.

Luego... bueno, luego las cosas empezaron a torcerse.

Primero, la tormenta que había empezado a forjarse muy temprano se desató de la manera más furiosa cuando llevaban solo unas horas de camino y se encontraban en medio de la nada, en un punto impreciso entre Londres y Kent.

El cielo, que si bien nublado conservaba la claridad propia del mediodía, se oscureció de pronto dejándolos casi en penumbras. Los caballos relincharon, y dentro del carruaje alcanzaron a oír la imprecación del cochero, que tuvo que hacer varias maniobras para contener a las bestias.

Luego, cuando todo se calmó un poco y avanzaron en medio de las sombras, con la lluvia incesante golpeando el techo del vehículo, Charlotte y Hugh intercambiaron una mirada de pesar, pero antes de que él pudiera decir algo, como que tal vez lo mejor fuese volver, ella buscó su mano en medio del asiento y la apretó con todas sus fuerzas.

—Estaremos bien —dijo—. No es la primera vez que viajamos con un poco de lluvia.

El marqués le dirigió una mirada escéptica.

—Charlotte, esto no es un poco de lluvia.

—Tampoco es precisamente un diluvio.

—Deberíamos...

—No. —Ella esbozó una sonrisa temblorosa—. No lo digas.

Se sostuvieron la mirada durante todo un minuto antes de que él asintiera, rendido a la súplica silenciosa de su mujer.

—Es muy importante para ti que pasemos estos días en Kent, ¿cierto? —preguntó.

—Mucho —Charlotte asintió con fervor.

—En ese caso, no hay más que decir; pero le pediré al cochero que vaya con cuidado, no sabemos en qué estado se encuentra el resto del camino.

La marquesa le dirigió una mirada de agradecimiento y, mientras él se ocupaba de dar unos golpecitos al interior del carruaje para atraer la atención del conductor, ella se envolvió más en sus mantas y miró por la ventanilla al oscuro exterior, con el corazón apretujado por la angustia.

—¿Qué ha sido eso?

Charlotte abrió los ojos de golpe y se encontró con el gesto sombrío de su marido, que tan pronto como advirtió que había despertado de la siesta que la había alentado a tomar, le hizo un gesto para que guardara silencio.

Ella comprendió, entonces, que lo que la había despertado había sido el bandazo dado por el carruaje al detenerse de golpe y el sonido de los caballos encabritados, cuyas respiraciones agitadas se oían en medio del silencioso camino.

Asustada, buscó la mano de Hugh, pero, para su sorpresa, este no la tomó, sino que le hizo un nuevo gesto para que permaneciera callada y, aun más, alzó la mano señalando el extremo del carruaje impeliéndola a que se quedara allí.

Estaba a punto de contradecir sus indicaciones, confusa, cuando el sonido de unas voces en el exterior la llevaron a callar.

Había gente fuera.

Reconoció la voz del cochero, que hablaba a gritos pese a que la tormenta hacía ininteligible lo que fuese que decía, y también había otras dos totalmente desconocidas para ella, pero que le sonaron intimidantes.

¿No serían...?

Le bastó con ver la mirada de Hugh para saber que estaban en peligro, y la forma en que este se aferraba al bastón que acostumbraba llevar con él durante los viajes y que ella sabía que contenía una pequeña espada oculta en la vaina.

Salteadores.

Había leído mucho acerca de esos hombres que acechaban en los caminos de todo el país y de Londres en particular, a la espera de vehículos como el suyo para tenderles una emboscada y arrebatarles todo lo que llevaban de valor. Como si eso no fuese suficiente, y dependiendo del grado de malicia de los ladrones, se sabía de algunos que incluso herían a quienes se atrevieran a enfrentarlos sin respetar que se tratara de mujeres o ancianos.

Charlotte sintió que una fina capa de sudor, producto del miedo, le cubría cada partícula de la piel, y buscó una mano de Hugh, pero no la encontró. Él estaba inclinado hacia adelante, el rostro tenso y atento pegado a la ventanilla sin apenas apartar el cortinaje para mantenerse en las sombras; su mano izquierda sostenía con firmeza el bastón.

Las voces en el exterior se oyeron aun más altas y ahora sí que ella logró reconocer el tono de demanda en los extraños y las imprecaciones malsonantes que dio en respuesta el cochero. Luego, se oyó un golpe, un leve grito, y Hugh se incorporó con ímpetu para abandonar el carruaje.

Charlotte habría de recordar durante toda su vida la angustia que sintió entonces por lo que pareció ser mucho tiempo, aunque, en realidad, al pensar luego en ello, no pudieron pasar más que algunos minutos.

No salió; no se atrevió a ello porque sabía que Hugh nunca se lo habría perdonado, pero sí que se arrastró hacia la puerta entreabierta y, desde allí, observó lo que ocurría afuera.

Vio a un par de hombres, uno más corpulento que el otro, alzados sobre el cochero, a quien habían derribado contra lo que era ahora solo un camino cubierto de lodo. Este se retorció con la mano en alto sosteniendo un largo cayado de madera que, según sabía, acostumbraban llevar todos los conductores de la casa para protegerse en una circunstancia como esa.

Pero ellos eran dos, y el cochero parecía haber recibido un golpe, de modo que no tenía oportunidad. Al menos así fue hasta que su señor corrió hacia ellos en medio de la noche, con la espada en alto y un grito furioso surgiendo de su garganta.

Charlotte sintió que se le detenía la respiración al ver a Hugh, alto y fornido, cubierto por la lluvia, embistiendo contra los salteadores sin tregua.

Le pegó una patada al que estaba más cerca del cochero; y al otro, que tardó un poco en reaccionar debido a la sorpresa, le dirigió un espadazo que pareció darle de lleno en un muslo, del que brotó un leve estallido de sangre.

Charlotte se cubrió la boca con una mano para contener un grito cuando el otro atacante se puso en pie y golpeó a Hugh en el estómago con la cabeza, arrancándole un gemido de dolor. Pero el segundo era más ágil, y no soltó la espada, de modo que logró deshacerse del agarre y, con la respiración agitada, blandió el arma en dirección al atacante.

A ese le siguieron un par de encontronazos más, y en ambos fue Hugh el vencedor, pero Charlotte notó también que parecía cansado, y tal vez el curso de las cosas habría seguido el más terrible de los derroteros de no ser porque, justo cuando el segundo asaltante parecía dispuesto a unirse a su compañero para atacar a Hugh, el cochero se puso en pie con un resuello y su vara en alto repartiendo golpes a diestra y siniestra con tan buena puntería que le dio a uno de ellos en la cabeza, de donde surgió un crujido horroroso.

Charlotte no notó hasta entonces que había un caballo flaco y desgarrado no muy lejos del carruaje y, al notar que las cosas se ponían en contra de ellos, los asaltantes intercambiaron una mirada y corrieron hacia allá, montándolo a horcajadas y con tal brusquedad que el animal dio un

relincho de enfado antes de alejarse con un trote lento pero constante.

Entonces, cuando se hubieron alejado, Charlotte corrió fuera del carruaje sin importarle el agua que le escurrió por la cara o el lodo que se le pegó en los bajos del vestido. Fue hacia Hugh, que al verla la sostuvo por los hombros y pareció presto a reprenderla por ponerse en peligro, pero le bastó con ver la desesperación en su mirada, un reflejo de la suya propia, para envolverla entre sus brazos.

Permanecieron durante toda una hora a un lado del camino en tanto el cochero se recuperaba de los golpes recibidos que, como él aseguró, eran más bien superficiales y en ningún punto que le impidieran continuar manejando a los caballos para llegar a su destino, que se veía más lejano que nunca.

—En otras circunstancias, me ofrecería a conducir yo, pero dudo de que él lo tomara a bien; y, para ser sincero, no quiero dejarte sola un segundo. Cuando te he visto salir, pensé que los asaltantes podrían volver y...

Charlotte acalló las palabras de su esposo con un largo y profundo beso. No había dejado de abrazarlo desde que se reunió con él fuera del carruaje; y luego, cuando atendieron al cochero y entraron de nuevo para protegerse de la lluvia que, aunque había menguado un poco, golpeaba aun inclemente, se mantuvo enroscada a él con tantos ímpetus que era un milagro que Hugh consiguiera respirar.

Y lo había besado, claro, lo había besado hasta la extenuación, como si con ello consiguiera convencerse de que nada terrible le había ocurrido, y continuaba a su lado.

—No te atrevas a dejarme atrás nunca más —exigió ella al separarse—. Prefiero morir contigo que perderte, ¿me has oído?

—Perfectamente.

—Prométemelo.

Hugh suspiró y, tras besarla hasta que ambos perdieron el aliento, le sonrió con dulzura.

—Te lo prometo.

Guardaron silencio durante algunos minutos hasta que el cochero avisó de que intentaría ponerse nuevamente en camino y, en efecto, el vehículo se puso poco a poco en movimiento hasta asumir un leve bamboleo.

—No crees que vayan a volver, ¿cierto?

La débil pregunta surgió de labios de Charlotte en un susurro. No hizo falta que se explicara; ambos sabían que se refería a los asaltantes.

—No, deben de encontrarse muy lejos de aquí —la tranquilizó Hugh—; pero temo que atacarán de nuevo cuando tengan oportunidad y quizá otras de sus víctimas no tengan tanta suerte. Apenas lleguemos a Wingrove Hall escribiré a las autoridades para ponerlas en alerta y enviaré a algunos hombres para que vigilen los caminos.

Charlotte asintió, aliviada de oír aquello.

—¿Y llegaremos esta noche, como habíamos estimado? —inquirió ella al cabo de un momento.

—No estoy seguro; hemos perdido mucho tiempo con lo ocurrido y la tormenta nos obliga a ir con más lentitud de lo que pensábamos —reconoció Hugh con el disgusto en la voz—. Tal vez logremos llegar durante la madrugada, aunque lo cierto es que preferiría encontrar un lugar donde pasar la noche y retomar el viaje mañana temprano. No quiero exponerte más de lo necesario.

—Te lo discutiría, pero la verdad es que no me molestaría tomar una taza de té caliente y dormir esta noche en una cama —dijo ella en tono risueño—; pero iremos decidiendo luego, según avancemos.

—Muy bien. Ahora, dime qué es exactamente lo que pensabas hacer al bajar del carruaje. ¿Querías asustar a los ladrones? Porque te veías realmente temible.

Charlotte rio, como sin duda había esperado Hugh que hiciera, y pasaron las siguientes horas hablando en voz baja, intercambiando caricias y haciéndose todo tipo de promesas.

Por un tiempo, pareció que, después de todo, sí que lograrían llegar a Wingrove Hall muy avanzada la madrugada; sin embargo, cuando ya había anochecido surgió un nuevo imprevisto que habría de complicar sus planes.

El carruaje, que había ido con un ritmo pausado pero seguro durante buena parte del camino, empezó a inclinarse hacia un lado cuando acababan de atravesar una cuesta elevada, por lo que el cochero se detuvo para inspeccionar la rueda y anunció, avergonzado como si fuese culpa suya, que esta se había mellado y que no consideraba seguro seguir en esas condiciones. Además, uno de los caballos cojeaba desde hacía millas, de modo que continuar no era una opción.

Charlotte estuvo a punto de llorar de frustración. Parecía que todo se ponía en su contra para arruinar sus planes y, mal que le pesara, se encontraba muy cerca de reconocer que aquella había sido una mala idea y que lo mejor que podían hacer era encontrar la forma de volver a Londres lo antes posible y asistir a las celebraciones organizadas por su madre.

Estaba visto que, en lo que a ella se refería, no era capaz de llevar a buen término algo tan sencillo como una pequeña huida, y ya no digamos revelar su secreto en el momento oportuno.

Por fortuna, aunque eso no llegaría a apreciarlo hasta mucho después, Hugh no se mostró tan desalentado como ella.

—No podemos continuar —le dijo cuando el sirviente se marchó y se quedaron nuevamente a solas en el interior del carruaje—. Sería peligroso forzar a los caballos a tirar del vehículo cuando la rueda está a punto de zafarse del eje y con uno de ellos en mal estado.

—¿Y qué haremos entonces? ¿Volver...?

Hugh sonrió.

—Claro que no. Y no solo porque sería igual de riesgoso, sino porque sé que es lo último que quieres hacer —aseguró, tomando una de sus manos para llevar el dorso enguantado a sus labios; luego, habló como si le hiciese una promesa—: Llegaremos a Wingrove Hall de una forma u otra, pero temo que nos tomará algo más de lo que habíamos calculado.

Charlotte sintió el alivio revoloteando en su pecho.

—¿Y en tanto? —preguntó, aún preocupada.

—No estoy seguro. —El marqués se puso serio de golpe—. Lo más sensato será enviar al cochero a buscar a alguien que arregle la rueda para que podamos reanudar el camino cuando amanezca.

—¿Entonces nosotros nos quedaremos aquí a la espera?

—Tal vez no sea necesario. Creo haber visto unas luces a un par de millas de aquí; eso sería una media hora caminando. Sugeriría ir a caballo, pero el cochero tendrá que llevarse el que se encuentra en plena forma porque no sabemos qué tan lejos encontrará ayuda.

—Puedo hacerlo —aseguró Charlotte antes de que él hubiera terminado de hablar—. No es una gran distancia.

Su esposo no pareció del todo convencido.

—No, pero está muy oscuro y podría haberme equivocado —reconoció—. Me refiero a que estoy seguro de que había una luz, pero bien podría no tratarse de una posada. Quizá sea una casa, o incluso un establo.

—Como sea, tendrá que servir, ¿cierto? Será un lugar caliente y bajo techo. Creo que deberíamos intentarlo.

Él sostuvo su mirada durante varios segundos antes de asentir, como si fuese muy consciente de que no tenía sentido contradecirla. Era posible que lo supiera desde el momento en que sugirió la posibilidad.

Nadie la conocía como Hugh y sabía cuán testaruda podía ser cuando se decidía a hacer algo.

De modo que, tras explicar sus planes al cochero, que este recibió con cierto alivio porque, como dijo, no le agradaba la idea de dejarlos en medio del campo en un vehículo dañado, aseguraron el caballo lastimado a un árbol luego de alimentarlo y dejarle bebida suficiente, y el sirviente tomó el otro para dirigirse hacia donde creía que debía de haber un poblado por el que había pasado en otra ocasión.

En tanto, Hugh se aseguró de que Charlotte estuviese tan abrigada como fuese posible, tomó el bastón y le dio la mano para iniciar la caminata en dirección contraria.

De no haberse encontrado en una situación tan dramática, pensó Charlotte cuando llevaban unos quince minutos caminando, todo aquello le habría parecido incluso romántico.

Ella y Hugh, andando de la mano, muy juntos el uno al otro para compartir el calor, en medio de una noche estrellada como no recordaba haber visto antes. Su corazón se henchía de amor

cada vez que le dirigía una mirada de reojo y lo encontraba atento al camino, como si temiera con lo que pudieran encontrarse.

No llovía; y aunque la temperatura había bajado tanto que le costaba no castañear los dientes para no preocupar a su marido, se dio cuenta de que él tampoco parecía insensible a las inclemencias del clima. Se le encogió el estómago al oírlo estornudar varias veces y no pudo menos que preguntarse una vez más si no habría llevado aquello demasiado lejos.

Anduvieron otros diez minutos; ya casi habían cubierto esas dos millas que calculara Hugh, y no había ni rastro de la luz que él había creído ver junto al camino. Aun así, no disminuyeron el paso ni dejaron de mirar de un lado a otro con expresión esperanzada y alerta.

—Podría haberme equivocado.

Acabaron deteniéndose un momento junto a un gran árbol cuyas ramas frondosas los protegían del brillo de la luna y bajo el que pudieron sentarse un momento con las espaldas apoyadas sobre el recio tronco para aliviar sus músculos cansados.

A Charlotte le parecía increíble que llevaran tantas horas inmersos en semejante aventura. Al reparar en lo dicho por Hugh, negó con suavidad y apoyó el mentón sobre su hombro.

—No lo creo —aseguró, aunque lo cierto era que no se hallaba tan segura—. Si creíste haberla visto, así debe ser; tal vez te confundiste con la distancia, eso es todo.

—Pero es lo mismo. Es evidente que no hay nada alrededor y ahora estamos aquí, bajo un árbol a punto de congelarnos. Debimos quedarnos en el carruaje; al menos allí no pasarías tanto frío. —Remató sus palabras con un sonoro estornudo.

Charlotte buscó su mano y notó que estaba muy fría, lo contrario a su mejilla porque, cuando giró el rostro para mirarlo, rozó su piel con los labios y la sorprendió lo caliente que se sentía.

—Hugh, ¿te encuentras enfermo? —preguntó con voz temblorosa.

Él no dijo nada de inmediato y la espera se le hizo eterna, pero cuando al fin habló, lo hizo en un tono cansado y, lo que le preocupó aún más, levemente resignado.

—Creo que es solo un resfrío; ya me dolía la cabeza cuando dejamos la casa —confesó a regañadientes—. No es nada.

Charlotte se apartó para observarlo con el ceño fruncido.

—¿Cómo vas a decir que no es nada? —lo reprendió—. Debiste decírmelo antes. Nunca habría insistido tanto en salir de haberlo sabido. Y todo ese tiempo que pasaste con la ropa mojada luego de salir a enfrentarte a esos hombres... eso explica la fiebre.

—No es fiebre.

Ella chasqueó la lengua y posó una mano sobre su frente, siseando cuando la palma fría entró en contacto con su piel ardiente.

—Desde luego que es fiebre —habló con los dientes apretados—. Hemos debido... qué irresponsable he sido.

—No digas eso.

—Pero si es la verdad.

—No tenías cómo saberlo.

Los ojos de Charlotte relampaguearon por el enfado al mirarlo; Hugh había empezado a temblar débilmente y ella se sentía furiosa consigo misma por haberlos puesto en esa situación y resentida con él por no haberle hablado antes de su malestar.

—En eso tienes razón —masculló—. ¿Qué vamos a hacer ahora? ¿No deberíamos seguir caminando?

—No quiero alejarme por si no encontramos otro refugio luego; sería peligroso pasar toda la madrugada en medio del campo sin nada sobre nuestras cabezas. Podría volver a llover en cualquier momento.

A Charlotte no le quedó más alternativa que reconocer que él tenía razón, así que asintió y, sin mediar una palabra, pese a lo enojada que aún se sentía, se acurrucó contra él para darle un poco de calor.

Pasó media hora, luego otra media más, y fue evidente que no solo no aparecería una sola alma en las inmediaciones que pudiera prestarles ayuda, sino que, todavía peor, Hugh empeoraba a ojos vistas.

El marqués no pudo ocultar durante más tiempo lo enfermo que se encontraba. A los temblores les siguió una tos irregular y un leve sudor que puso a Charlotte de los nervios porque, en todo el tiempo que llevaba de conocer al hombre que ahora era su marido, siempre le había parecido el más fuerte y saludable del mundo.

Verlo en ese estado, tan vulnerable pese a lo mucho que se esforzaba por esconderlo, estuvo a punto de ponerla a temblar también, aunque en su caso fuese de absoluto terror.

Cuando se dio cuenta de que permanecer allí no los ayudaría en nada, sino que resultaría perjudicial para Hugh, Charlotte tomó una decisión: tenía que buscar ayuda.

Ni siquiera se planteó discutirlo con su esposo, por lo que en cierta forma fue una suerte que él pareciera, a ese punto, un poco alejado de la realidad. Había empezado a murmurar palabras inconexas en medio de un delirio que lo mantenía con los ojos entrecerrados y la mirada perdida.

Charlotte aprovechó esa distracción para incorporarse, deshaciéndose de su abrazo, y tras dudar, se despojó del mantón que llevaba sobre los hombros para envolverle el pecho con él. Dudaba de que fuese a hacer una gran diferencia, pero se convenció de que en una situación como esa todo podría ayudar.

Hugh tendió una mano hacia ella al sentirla moverse, así que Charlotte se inclinó hacia él y apoyó los labios sobre su sien.

—No te muevas de aquí; volveré pronto —susurró.

—Pero...

—Será solo un minuto; debo atender una urgencia —mintió en tono risueño—. Espérame.

Charlotte rogó porque en el estado en que se encontraba, Hugh no fuese consciente del paso del tiempo y tanto le diera que desapareciera durante cinco minutos como media hora; era elemental que no intentara seguirla y que, por el contrario, permaneciera allí para que pudiera

encontrarlo a la vuelta.

Al verlo tranquilo, nuevamente con los ojos cerrados, se arrebujó lo mejor posible en su abrigo y miró alrededor con atención.

Contrario a lo que habrían podido pensar quienes no la conocían bien, estaba acostumbrada a moverse por el campo. Su familia había tenido una hermosa propiedad en la campiña, y tanto ella como sus hermanos habían pasados horas y horas vagabundeando por allí e inmersos en juegos que tal vez habrían sorprendido por lo poco ortodoxos, en especial en el caso de las chicas.

De modo que era perfectamente capaz de ubicarse a campo abierto guiándose por la ubicación de las estrellas y sabía por dónde era o no sensato internarse.

Luego de estudiar el terreno con detenimiento, optó por seguir una constelación que juzgó familiar y anduvo durante algunos minutos por un sendero estrecho en el que distinguió los restos de unas pisadas amortiguadas por el fango que provocó la lluvia de las últimas horas.

Trepó una cuesta que dejó los bajos de su abrigo embarrados, lo mismo que sus manos cuando tuvo que apoyarse para subir, pero aquel camino la llevó a una ensenada desde donde tenía una estupenda vista del valle y, como si de un acto de magia se tratase, un banco de nubes se difuminó en el cielo y la luz de la luna lo bañó todo, mostrándole lo que había a su alrededor y que jamás habría podido ver de haberse quedado abajo con Hugh.

Avistó esa luz brillante de la que hablara su esposo y entornó los ojos para medir la distancia a la que se encontraba. No creyó que fuese demasiado, así que memorizó el camino que habría de tomar para llegar hasta allí, musitó una oración de agradecimiento y bajó otra vez, ahora con más bríos.

No le tomó más de diez minutos dando un rodeo para llegar hasta una casita junto al camino; el sonido de los animales le advirtió de un edificio en la parte posterior y, tras golpear con el aliento escapándose de sus pulmones como si acabara de correr una maratón, se apoyó un momento junto al dintel.

Creyó que nadie le abriría, pero al cabo de varios minutos, cuando estaba a punto de golpear de nuevo, oyó unos pasos al otro lado de la puerta y esta se abrió bañándola con la luz y el calor provenientes del interior.

Sus ojos se posaron sobre un rostro apergaminado en el cual se reflejó una mueca de estupor, pero esta iba acompañada de una temblorosa y gentil sonrisa, de modo que Charlotte supo que tanto ella como Hugh estaban a salvo.

Las horas que siguieron a ese momento habrían de quedarse en la memoria de Charlotte por siempre.

Luego de explicar al señor Norton, el granjero que le abrió la puerta, todo lo que había ocurrido, este no dudó en ofrecerle su ayuda. Por suerte, contaba con dos hijos robustos y tan amables como él que se ocuparon de seguir a Charlotte al lugar en el que había dejado a Hugh, y

entre ambos se las arreglaron para ponerlo en pie y llevarlo a casa de su padre en una carreta medio destartada que, sin embargo, hizo el camino en unos cuantos minutos.

Charlotte se obcecó en ir con ellos y sostuvo la mano de su esposo durante todo el tiempo. Lo hizo en el traslado y también cuando lo metieron en la casa y la mujer del señor Norton ordenó que lo tendieran en un catre junto a la chimenea.

Hugh tardó un poco en reaccionar y darse cuenta de lo que ocurría; su fiebre seguía siendo alta, y durante un rato pareció muy confuso, pero según fue calentándose y bebió algunos remedios que le aclararon la mente, pareció comprender el alcance de lo que había hecho Charlotte y ella pudo ver en su mirada cuán preocupado y agradecido se encontraba por ello.

Tan pronto como amaneció, uno de los hijos del granjero se presentó en la casa para avisar que había hallado el carruaje y al animal que dejaron con él. Luego de darle de comer y asegurarse de que su lesión no era de gravedad, aguardó allí hasta el regreso del cochero, que llegó poco después acompañado de un hombre en una carreta que había encontrado en un pueblo no muy lejos de allí.

La reparación no tardó mucho y, para media mañana, el vehículo ya estaba ante la puerta de la granja, con el cochero en el pescante y los caballos repuestos y listos para reanudar el viaje. A Hugh le había bajado casi toda la fiebre durante el resto de la noche, pero aún estaba débil, de modo que tuvo que apoyarse en uno de los hijos del señor Norton para subir al carruaje.

La familia los despidió desde el camino con sendas sonrisas. Hugh se había ocupado de entregarles una bolsa repleta de monedas que parecieron dispuestos a rechazar, pero Charlotte les rogó que la tomaran asegurando que habían salvado sus vidas.

Poco después, cuando el carruaje se bamboleaba por el camino a un ritmo lento pero seguro, y ella pudo ver con la claridad del día que las torres de Wingrove Hall no se hallaban a demasiada distancia, se ovilló contra su esposo y cerró los ojos para caer en un plácido sueño.

Una vez en Wingrove Hall, Charlotte se encontró del todo en su elemento y pudo recuperar la tranquilidad que la abandonara durante las últimas horas, consciente de nuevo del motivo por el que se encontraban allí y dispuesta a disfrutarlo tanto como fuese posible.

Aunque el servicio fue avisado de su llegada con poca antelación, se condujeron con la eficacia habitual y, tan pronto como pusieron un pie en la mansión, descubrieron que sus habitaciones se encontraban listas y el resto de la estancia marchaba con la misma naturalidad con la que lo haría si vivieran allí todo el año.

Las salas se hallaban decoradas para las fiestas, no había un lugar en el que no ardiera el fuego de la chimenea, y los deliciosos aromas provenientes de la cocina lo dotaban todo de un aire hogareño y familiar que conmovió a Charlotte.

Ella y Hugh pasaron unos días encantadores pese a que él todavía arrastraba cierto malestar, pero se veía muy revitalizado ya la mañana de Navidad, cuando se unieron a los sirvientes en la

cocina para felicitarlos, anunciar el bono habitual para esas fechas y compartir con ellos parte de las celebraciones que habían organizado por su cuenta.

Incluso, el marqués bailó con varias de las criadas y Charlotte hizo otro tanto con los lacayos. Para cuando subieron nuevamente, dispuestos a compartir la sencilla cena que se serviría para ellos en el comedor familiar, estaban exhaustos pero felices.

Luego de eso, se dirigieron al pequeño salón que era el favorito de Charlotte y donde acostumbraban pasar las veladas cuando se encontraban allí, y se arrebujaron el uno contra el otro en un cómodo diván de cara a la chimenea.

Charlotte suspiró al sentir la respiración de Hugh sobre su nuca mientras él la sostenía contra su pecho y juzgó que aquel era el momento perfecto para revelar el secreto que llevaba un tiempo guardando y que era, al fin y al cabo, aunque él no lo supiera aún, lo que los había llevado hasta allí.

—¿Hugh? —susurró sin mirarlo.

Él respondió con un gemido de gusto, pegándola más hacia sí.

—¿Sí?

—¿Estás contento de haber venido?

—¿Lo preguntas pese al intento de asalto, la tormenta y que casi perecemos a la intemperie?

Charlotte le dio un golpecito en la mano y él rio.

—No podría estar más feliz de estar aquí contigo —se respondió a sí mismo Hugh con absoluta seriedad al cabo de un momento—. Atravesaría el infierno con gusto con tal de estar contigo. Aquí o en cualquier otro lugar.

Ella cabeceó porque sabía que era sincero; lo cierto era que pensaba exactamente lo mismo. Haría lo que fuese por estar siempre a su lado.

—Y hemos sido muy felices todo este tiempo —susurró.

—Lo seremos aún más.

—Sí, sé que así será, porque tengo algo que contarte.

Y así, girando con suavidad entre sus brazos, buscó su mirada, se inclinó hacia él y susurró unas palabras a su oído que parecieron transformar el rostro del marqués porque, según la oía, una enorme expresión de alegría cubrió su semblante y, al abrazarla, Charlotte habría podido jurar que era el sonido de un sollozo atravesado en su garganta lo que oyó antes de que buscara sus labios para besarla.

El secreto había sido develado; el marqués y la marquesa de Wingrove darían la bienvenida a su primer heredero y nada, absolutamente nada, se dijeron ambos sin palabras, podía ser más perfecto.

Besos bajo el muérdago

Elizabeth Bowman

Capítulo 1

Hollybrook Cottage. 1830

—Mi querido Thomas, te lo ruego, y escúchame, estaríamos haciendo un bien enorme a la comunidad y, desde luego, ofreciendo un grato servicio a la iglesia. —Ladeó el rostro en un gesto que pretendía resultar seductor y que, por supuesto y en lo que a su esposo concernía, funcionaba a la perfección—. Te recuerdo que esta ha sido una petición personal del pastor Collins y, dadas las circunstancias, me niego rotundamente a desatenderla. —Cassandra parpadeó con coquetería a su esposo, enviando oleadas de galanteo y mimo con cada estudiada batida de pestañas; las manos permanecían enlazadas con afecto a las del caballero mientras continuaba sentada junto a él en la bancada de forja que, ubicada estratégicamente en el exterior, proporcionaba a ambos deliciosas vistas de los hermosos jardines de Hollybrook—. Te lo ruego, amor mío, di que sí.

Y Thomas Wright, primogénito varón de la familia Wright, vizconde de Berwick, caballero íntegro, prudente y juicioso donde los hubiere y aguerrido hombre de mundo, no pudo menos que ofrecer una amorosa sonrisa a su querida Cassandra a modo de silenciosa respuesta.

Amaba a aquella mujer con toda su alma y por encima de todas las cosas; ella era la reina indiscutible y regiría por siempre en su hogar, en su mente, en todos y cada uno de sus pensamientos, en su ser al completo y hasta en su corazón. Especialmente en su corazón.

Negarle algo, cualquier cosa, resultaría impensable para él, mientras estuviera en su mano. Y aun no estándolo, pues, si la bella deseara la luna, encontraría el modo de bajársela para depositarla cualquier noche a los pies de su cama.

Consciente Cassandra de la claudicación silente de Thomas, se inclinó hacia él para depositar un beso suave y tierno sobre sus labios. No había esperado reticencia alguna de su parte, sabía que Thomas era un hombre bueno, generoso y tremendamente empático, incapaz de desatender las necesidades de los más desfavorecidos, como era el caso. El hecho de que su esposa ejerciera una presión particular para tratar de persuadirlo y convencerlo con cierta cameladora insistencia provocó tan solo que la decisión de él se adelantara un tanto y no albergara duda alguna al respecto.

—Cuéntame entonces, querida, cual es el plan de nuestro apreciado pastor en lo que a nosotros concierne. —Se interesó Thomas, más implicado en la contemplación de aquellos jades brillantes que lo observaban con embeleso que en los proyectos del joven y reciente pastor de Hampshire.

—¡Oh, sabes bien, querido, que cada año en las fechas previas a la natividad del Señor, nuestra iglesia organiza postulaciones entre la congregación para tratar, de algún modo, de socorrer a los más desfavorecidos del condado y proporcionarles, de esta suerte, auxilio, amparo y protección bajo el seno de aquellos que hemos sido bendecidos con fortuna y bonanza!

Thomas cabeceó. Eso era algo que sabía ya.

En años anteriores, y especialmente desde su matrimonio con Cassandra, los Wright de Hollybrook Cottage habían donado generosas cantidades para tratar de sostener a viudas con hijos, en algunos casos incluso se les buscaba a estas pobres madres una ocupación decente en las propiedades de sus benefactores para proporcionarles un futuro esperanzador a ellas y a sus vástagos. En otras ocasiones, las familias pudientes que desearan colaborar con la iglesia se ofrecían a costear los estudios de los pequeños, enviándolos bajo cuenta propia a colegios e internados donde poder instruirse sin coste alguno para sus familias. A los hijos mayores en edad de trabajar o de servir se les buscaban casas decentes para ejercer como institutrices o sirvientes personales.

Se sabía que incluso había habido casos en los que matrimonios de alcurnia sin descendencia propia habían adoptado en su seno a huérfanos de corta edad a los que educaban como a sus propios hijos, concediéndoles incluso sus apellidos.

—¿Qué propones entonces, querida? —susurró Thomas, deslizado un reguero de besos ascendente por el cuello de su esposa para acabar remoloneando en la suavísima caracola de nácar que formaba su oreja.

Cassandra se dejó mimar, seducida ante los afectos de su adorado Thomas. Los muslos femeninos, ocultos bajo las amplias capas de tela, percibieron el fuego que derramaban las piernas del caballero aún enfundadas en sus pantalones de lino, pero en ese instante tan cercanas que podrían fácilmente derretirla entera con su ardentía. La pequeña mano enguantada aferró con vehemencia la mano de Thomas en un intento de sostenerse mientras, con su mano libre, el caballero recorría el talle de su esposa y definía sobre la tela los elevados montículos de su escote.

—¿Recuerdas al anciano Smith? —preguntó ella apenas en un jadeo y tratando de concentrarse—. Falleció hace unos meses de un ataque al corazón.

Thomas cabeceó y pausó su recorrido táctil ante el cariz serio que tomaba la conversación, limitándose a besar la mandíbula de Cassandra y su graciosa barbilla.

—Sí, nuestro vecino granjero —asintió—, era un buen hombre. Su vaquería solía proporcionar leche y carne a nuestro hogar, entre otros muchos del condado.

Cassandra afirmó, sus ojos se empañaron de pronto con un velo de melancolía.

—Tal vez también recuerdes a sus hijas: Marianne, de diecisiete años, y la pequeña Dorrit, de

diez. La iglesia lleva costeadando su subsistencia desde entonces, pero los fondos se agotan y el pastor me ha rogado que las acojamos en nuestro hogar al menos durante las fiestas de Navidad. Después, al parecer, existe un pariente lejano, un tío de su anciano padre fallecido, que vive en el norte y pretende hacerse cargo de las muchachas.

—¿Por qué no se ha hecho cargo hasta ahora? Su padre falleció hace ya un tiempo.

Cassandra suspiró.

—¡Oh, al parecer los trámites resultan un tanto complicados y más lentos de lo esperado! —Se inclinó hacia Thomas para susurrar en su oído a modo de confidencia—. Han existido, además, algunas reticencias por parte de las chicas; por algún motivo no desean trasladarse con su pariente bajo ningún concepto, eso le han dicho al menos al pastor —y por toda respuesta, la mujer se encogió de hombros—, pero son menores de edad, y mujeres por más señas, así que no les quedará más remedio que viajar si su único pariente las reclama, como parecer ser el caso.

Thomas frunció el ceño, disconforme con determinadas legislaturas. Debía existir un motivo de peso para que dos chicas desamparadas se negaran a recibir el auxilio de su único pariente vivo, el único que al parecer podría rescatarlas de una existencia precaria.

—¡Dime que pueden venirse, querido —insistió Cassandra, amplia sonrisa pincelada en sus labios de fresa—, y hablaré con el pastor para que se trasladen cuanto antes y así pasar estas semanas entre nosotros!

Tomas alargó la diestra para recolocar un oscuro mechón rebelde tras la oreja de su esposa. Acto seguido le regaló un suspiro y una sonrisa, del mismo modo que le había regalado ya su corazón.

—Por supuesto, habla con él, serán bienvenidas en Hollybrook Cottage.

Con un chillido de entusiasmo, Cassandra se levantó de la bancada de un enérgico salto mientras daba palmas y saltitos en el aire, frente a él. Acto seguido se inclinó sobre su apuesto vizconde para colmar su rostro, su tupé rizado y hasta sus patillas con un centenar de besos enloquecidos que le arrancaron carcajadas de felicidad.

—¡Gracias, gracias, amor mío! —exclamó, loca de contento—. Ahora mismo le escribiré para hacerle llegar nuestro compromiso. ¡Haremos a esas niñas las muchachas más felices bajo las estrellas, ya lo verás!

Capítulo 2

Cuando las dos hermanas Smith traspasaron el umbral de Hollybrook el día 6 de diciembre, día de san Nicolás, permanecieron un instante paradas como pasmarotes en el *hall*, observando con fascinación en todas direcciones —a los elaborados artesones del techo, a los jarrones repletos de flores naturales, el trenzado y bordado de la alfombra española que ocupaba buena parte del suelo e incluso el papel pintado de la pared—, como si se trataran de dos humildes mortales traspasando sin permiso las cancelas que dan paso al cielo reverencial.

Portaban cada una en una mano sendas maletas de cuero, bastante raídas y desgastadas por el uso, y nada más. Simplemente lo puesto. Sencillos vestidos a cuadros con un chal de encaje cada una sobre los hombros, y dos bonetes de paja trenzada con los que cubrían sus doradas cabezas. Las botas que asomaban bajo el ruedo de sus faldas mostraban las punteras peladas y su confección hablaba de temporadas pasadas, muy poco o nada que ver con la moda actual.

Cassandra descendió a la carrera los escalones de la planta superior. Su entusiasmo provocó que al alcanzar el recibidor se viera obligada a sujetarse al pie de arranque del pasamano, pues un vahído inesperado hizo que se mareara y sus ojos se pusieran en blanco, amenazándola con arrebatarse la consciencia. Por fortuna se recompuso a tiempo para que ninguna de las niñas se percatara de su debilidad.

—¡Queridas, ya estáis aquí! —saludó, primero tomándolas de la mano con cierto pudor y cortesía; luego, a tenor de su carácter vehemente y apasionado, no pudo evitar atraerlas hacia sí para arroparlas, a ambas, en un abrazo conjunto—. ¡Me siento tan entusiasmada y feliz de teneros entre nosotros!

La mayor, Marianne, observó a Cassandra con los ojos velados por un sincero agradecimiento. Parecía una chica dócil, sencilla y de noble corazón, además de modestamente hermosa.

—Gracias, señora Wright, por acogernos en su bonito hogar —anunció en nombre de las dos—, es un auténtico privilegio poder convivir unas semanas en la residencia de unos legítimos vizcondes.

—Como en una novela de caballerías —intervino la pequeña, sonrisa mellada en ristre.

Entonces, desde alguna parte a la izquierda del grupo, apareció Thomas. Sin duda venía de su

despacho, pero para las chiquillas, en su total desconocimiento por el momento de la distribución de la vivienda, semejó que traspasara las paredes para instalarse a su lado.

Sin disimular su fascinación, boca abierta de par en par y ojos como platos, Dorrit se lo quedó mirando de hito en hito. Si la señora Wright le había parecido bonita y elegante como una princesa, aquel caballero magnífico, alto, fuerte y apuesto, de abundante cabello oscuro, generosas patillas, ojos negros y rostro bello como el de una escultura la mantuvo durante demasiados segundos muda e inmóvil como un pasmarote. Tuvo Marianne que propinarle un codazo apenas disimulado para hacerla despertar de su embeleso.

—Bienvenidas a Hollybrook, señoritas —saludó Thomas con una elegante reverencia que solo incrementó la fascinación de la pequeña.

—Es un honor y un privilegio, señor Wright, son ustedes de auténtica pasta de ángel, gracias por acogernos en su hogar en fechas tan entrañables. —Observó Marianne a su hermana, que continuaba en *shock*, y añadió con cierta vergüenza—: Disculpe a Dorrit, es la primera vez que nos encontramos en una situación semejante y en compañía de dos nobles. Esperamos no ser un incordio e importunar sus vidas en fechas tan familiares, les aseguro que permaneceremos en nuestras habitaciones y ni siquiera sabrán de nuestra existencia.

Cassandra frunció el ceño.

—¡De eso nada! —protestó con vehemencia y una sonrisa en los labios—. Mientras estéis con nosotros en el *cottage*, formaréis parte de la familia Wright. —Se inclinó para situarse a la altura de la pequeña flaquita de diez años—. ¿Qué os parece si me ayudáis con el pudín de Navidad? Además tenemos mucho por hacer, debemos preparar coronas de Navidad con laurel, romero, manzanas y cintas para adornar la casa.

Por toda respuesta, Dorrit esbozó una enorme sonrisa en la que destacaron los agujeros negros que ocasionaban sus dientes ausentes.

—¿Habrás bolas y ramas de muérdago? Madre y padre solían besarse bajo el muérdago.

Cassandra miró un instante a Thomas, sintiendo el corazón dolorido y, con sonrisa forzada en los labios, trató de contener las lágrimas.

—¡Claro que sí, pequeña! Muérdago y un gran tronco de Navidad en el salón.

Sin mediar ningún tipo de respuesta y con un gesto que suponía sin duda el mejor argumento de todos, la pequeña tomó de la mano a Cassandra para acompañarla donde fuera que esta quisiera llevarla. Marianne, dócil y sumisa, las siguió en silencio. Por encima del hombro, Cassandra dirigió a su esposo una sonrisa de felicidad, sumada a una mirada de dicha y fascinación.

Capítulo 3

—Cuéntame, pequeña —preguntó Cassandra mientras la niña la ayudaba a desempolvar las cintas de años anteriores y se entretenían ambas tejiendo ramitas de romero y laurel, acebo e hiedra, para elaborar coronas frescas. Marianne se encontraba en la cocina, ayudando a la cocinera a añejar el pudín—. ¿Te apetece viajar al norte para vivir con vuestro pariente? El pastor dijo que os iríais entrado el año nuevo, será una gran experiencia cruzar medio país para vivir en un hogar nuevo y con familia distinta.

La pequeña permaneció muda durante algunos segundos, fingiendo entretenerse con su labor. Luego torció el gesto sin ningún disimulo y principió a hablar con la soltura y la diligencia que conceden los pocos años.

—No, yo no me quiero ir... —sentenció muy seria—, y Marianne tampoco.

Acto seguido frunció el ceño y se concentró en el trenzado con gran ofuscación. Aquella sentencia tan firme desconcertó a Cassandra.

—¿Y eso por qué? ¿Conocéis al tío de vuestro padre? ¿Lo habíais visto alguna vez?

Dorrit frunció todavía más el ceño y, al cabo de un rato, atrapó el labio inferior entre los escasos dientes.

—No, nunca lo hemos visto —dijo, igual de seria que la vez anterior—, solo sabemos que es mucho mayor incluso de lo que lo era nuestro padre y un poco cascarrabias además. —Miró a Cassandra con precaución, por si fuera a amonestarla tras este apunte. A la vista de que no había consecuencias a su sinceridad, prosiguió—: No era la primera vez que le escribía a nuestro querido papá para reclamarle a Marianne.

Cassandra dio un respingo, sorprendida.

—¿Reclamarle a Marianne? ¿Cómo puede ser eso?

Dorrit se encogió de hombros y continuó trenzando, su ceño fruncido ya de forma continuada evidenciaba su desazón.

—Quiere casarse con ella; dice que una esposa joven, y encima sangre de su sangre, es una apuesta segura a la hora de prolongar la estirpe familiar.

Cassandra boqueó. ¿Qué locura era esa? Si el difunto señor Smith era ya un anciano, ¿cuántos

años había de tener su tío del norte?

—¿Y qué decía vuestro padre al respecto? —preguntó con cierto temor ante la posible respuesta.

—Siempre dijo que no —contestó la pequeña, y Cassandra dejó escapar un suspiro de alivio—. Marianne no puede ni debe casarse con un anciano que tan solo desea utilizarla como enfermera para sus achaques y como instrumento para tener hijos, eso decía padre.

A pesar de la gravedad de la revelación, Cassandra tuvo que replegar los labios al interior de la boca para disimular una sonrisa.

—Dorrit, no debes decir eso... —Su regaño no albergaba consistencia.

La niña otra vez se encogió de hombros.

—Es lo que padre decía —aseguró con calma—. Ahora que él no está, nuestro tío pretende que vayamos con él. Marianne dice que está en su derecho a hacerlo, y que la obligará a casarse con él.

—¿Y Marianne qué opina? ¿Está conforme?

Dorrit, tremendamente seria, alzó la mirada y durante unos segundos escrutó los verdes jades de la vizcondesa.

—Marianne está muy triste, mucho —dijo sin ánimo de profundizar mucho más, pero, a todas luces, ocultando información importante—, creo que se morirá de pena si se ve obligada a viajar y a casarse con el viejo Smith. —Se inclinó hacia la dama y, pese a emplear un tono de confianza, usó su mano a modo de pantalla para ocultar lo que agregaron sus labios a continuación—: Dijo que se arrojaría a un abismo si la obligaba a casarse con él, y no lo dudo porque Marianne está perdidamente...

Y se silenció en el acto, temerosa de haber hablado de más. Replegó los labios al interior de la boca e infló de aire las mejillas en la contención de valiosa información.

Cassandra no quiso seguir indagando, pues no quería comprometer a la pequeña Dorrit y a los secretos que mantenía con su hermana, convirtiéndola en desleal, pero estaba claro que no podía consentir injusticia semejante.

No podía permitir que nadie obligara a una chica tan dulce, joven y bonita a casarse en contra de su voluntad.

Capítulo 4

Cassandra se dirigía al salón principal para colocar las coronas que había confeccionado con Dorrit cuando un descubrimiento inesperado la obligó a detenerse bajo el umbral e, incluso, siguiendo un impulso desconocido, a hacerse ligeramente a un lado para ocultarse tras la pared.

Marianne permanecía parapetada frente a la ventana, su figura apenas insinuada a través de los visillos apenas descorridos, mientras observaba algo en el exterior. Su rostro reflejaba una profunda tristeza e incluso, desde la distancia, le pareció distinguir alguna lágrima solitaria descendiendo por su rostro juvenil.

En un momento dado la vio levantar una mano para ofrecer un gesto leve: un saludo, un adiós tal vez, y acto seguido romperse en un llanto sonoro y desconsolado, darse media vuelta y correr desesperada para refugiarse en su alcoba, situada en el otro extremo del pasillo. Como salió por la puerta secundaria de la sala, Cassandra evitó ser descubierta.

Azuzada por la curiosidad, atravesó el umbral para dirigirse a la ventana que segundos antes ocupara la joven. ¡Cuál no sería su sorpresa al descubrir la silueta de un joven plantado en medio del jardín, la mirada fija todavía en la ventana, y el propio rostro surcado también por las lágrimas! Su vestuario reflejaba humildad: un pantalón de tela tosca, oscura y talle alto, chaleco grueso y chaqueta de pana. Calaba la cabeza con una boina a cuadros.

Cuando descubrió tras los cristales una silueta femenina diferente a la de Marianne, el joven huyó a la carrera lejos de la propiedad, espantado como si hubiera sido sorprendido in fraganti en una falta grave.

—¿Te lo puedes creer? ¡Pretende obligarla a casarse con él! —Jadeó Cassandra, indignada. Aunque sabía que aquella era una práctica todavía llevada a cabo en matrimonios de conveniencia, tal asunto la horrorizaba. La diferencia de edad, la ausencia de amor, el espanto de dos cuerpos desnudos tan diferentes compartiendo el lecho...

Thomas la observaba en silencio, perfilando su hombro con los labios mientras depositaba en la redondeada carne un abanico de besos para tratar de calmarla. Se encontraban los dos abrazados en el lecho revuelto, enredadas las piernas y apenas cubiertos los cuerpos por las

sábanas tras haber compartido un delicioso lance de pasión.

—¿Y qué hará con Dorrit? —insistió ella—. ¿Mandarla a un internado para jovencitas? ¿O la tomará como segunda esposa cuando se canse de la primera?

—No es justo, desde luego...

—¡No lo es, es del todo antinatural, pobre niña! —protestó la dama. Una chispa de intuición cruzó de forma repentina su frente—. ¿Y si las adoptamos, Thomas? ¡Podríamos hacerlo! ¡Así no tendrían que marcharse de aquí! Las cuidaríamos como si fueran nuestras y serían mucho más felices de lo que lo serán con ese viejo fantoche, al menos permanecerían cerca del lugar que las vio nacer.

Thomas sopesó un instante el asunto. No era la primera vez que matrimonios sin descendencia acogían en su hogar a niños sin familia. Llevaban poco tiempo casados y esperaban tener hijos propios tan pronto como el Señor se decidiera a bendecirlos con ellos, pero acoger a unas pobres huérfanas no estaba reñido con aumentar la familia biológica. Estaba seguro de que ningún miembro de la familia lo desaprobaba; al fin y al cabo, sería un gesto notable y de elevada caridad cristiana que dejaría el apellido de los Wright en muy buen lugar.

—Son unas chiquillas encantadoras —concedió—, estas semanas entre nosotros han demostrado la buena educación que han recibido en su casa y la nobleza evidente de su corazón. Marianne es obediente y respetuosa, y Dorrit es una criatura divertida y encantadora. Pero habla con ellas primero, no podemos actuar como su pariente e imponerles algo con lo que no estén convencidas.

Cassandra se abstuvo de contestar porque en ese instante un fuerte ramalazo de dolor traspasó su abdomen, obligándola a boquear. Fue tan solo un breve lapso, unos segundos tal vez, que la obligaron a doblarse sobre sí misma, abrazarse el estómago y componer una mueca de dolor.

Thomas, solícito y preocupado, se inclinó hacia ella.

—¿Te encuentras bien, amor mío?

Pasado el instante de dolor, Cassandra se recompuso despacio, tratando de normalizar la respiración.

—No sé, una ligera indisposición tal vez —gimoteó—, hace días que siento molestias en el vientre y me noto más agotada de lo normal. —Exhaló en profundidad, tratando de restar importancia al asunto—. Han de ser los preparativos de Navidad que me tienen exhausta, ya sabes que deseo que todo esté en orden para cuando lleguen la familia y los amigos, menos mal que cuento con la ayuda inestimable de las niñas —jadeó una medio sonrisa—, no te preocupes, seguro que con un poco de ponche se me pasará.

Thomas depositó un beso en su frente y la instó, casi que la obligó, a recostarse y descansar hasta el mediodía mientras bajaba a las cocinas a encargar un ponche a la cocinera.

No se quedaría tranquilo hasta que un médico la examinara, así que se dispuso también a hacer llegar una nota al galeno del condado.

Capítulo 5

Cassandra permaneció embelesada un largo instante bajo el muérdago que coronaba el umbral del vestíbulo y sonrió.

Habían conseguido unas composiciones decorativas preciosas en toda la vivienda; las chicas habían servido de gran ayuda, y a lo largo de aquellos días las había contemplado felices, entretenidas e integradas en el hogar familiar.

A excepción de Marianne, que solía mostrarse tristona y taciturna, apenas una sombra que deambulaba por los corredores y gastaba demasiadas horas postrada frente a la ventana, observando el exterior con aire nostálgico y expresión lánguida. Comía como un pajarito, casi no participaba en las conversaciones; y cuando era obligada a formar parte de ellas, se limitaba a sonreír con melancolía y agradecer en todo momento cuanto se hacía por ellas. Era una buena chica que no se merecía lo que su pariente tenía en mente para ella.

Atribuyó la vizcondesa semejante estadio de melancolía a la pérdida reciente de su padre y a la horrorosa certeza de que el año nuevo se encontraba demasiado cerca. Marianne debía de ser consciente del negro futuro que las esperaba. A ella, un matrimonio forzado con un anciano cascarrabias e impúdico; y a su hermana pequeña, tal vez un internado o una existencia de servilismo atendiendo las necesidades de su benefactor.

Todavía no había hablado con ellas acerca de la posibilidad de una acogida permanente, estaba esperando a que llegara, en unos días, la Nochebuena, para así poder concederse mutuamente el mejor de los regalos, o al menos eso esperaba que supusiera para las Smith su ofrenda.

Una tarde, mientras permanecían todos reunidos en la sala a la hora pensativa del atardecer y Dorrit los entretenía cantando a viva voz, y con escasa afinación por cierto, *God Rest Ye Merry Gentlemen*, Cassandra descubrió por el rabillo del ojo que Marianne, quien permanecía sentada en un ángulo ligeramente discreto de la estancia, sostenía entre las manos y cobijado en el regazo un pañuelo masculino en el que reposaba la mirada con dolorosa insistencia.

Primero atribuyó que el pañuelo pudiera pertenecer a su difunto padre y supusiera para ella un inefable recuerdo, pero luego atinó a descubrir en un extremo de la tela una «A» bordada en verde. Por lo que ella creía recordar, el señor Smith se llamaba Charles.

Aquello le dio bastante en qué pensar e hizo trabajar de inmediato su avisado entendimiento femenino —el joven desconocido del patio, la languidez imperecedera de la muchacha, el pañuelo con la inicial bordada...—, comenzando de ese modo a hilvanar suposiciones en su cabeza que la llevaron hacia un único camino.

Aquella tarde lluviosa, Cassandra cruzó la sala con aire distraído hacia la ventana que concedía amplia visión del atrio.

La familia Wright estaría a punto de llegar para la visita navideña y todavía debían recoger unas bayas de acebo con las que adornar los centros de mesa y las repisas de las chimeneas, por suerte el enorme árbol del jardín se encontraba cargado de bolitas rojas y bien dispuesto para la ofrenda.

No obstante no fue el hermoso acebo lo que captó en primer lugar su atención una vez que hizo los visillos a un lado, tampoco la densa cortina acuosa que velaba el exterior y llenaba el suelo de grava de infinitos charcos palpitantes, sino la visión del mismo joven de la otra vez, parado en mitad del patio, rígido como un puntal, calado hasta los huesos, con la mirada invariable en la ventana y un ramillete de flores silvestres en la diestra.

Su semblante reflejaba dolor, o decepción, al no encontrar, tal vez, a quien él quería y deseaba descubrir tras los cristales. Sus ropas encharcadas y chorreantes y el abatimiento en sus hombros le conferían la apariencia de un ángel caído o de un cándido arrojado del paraíso para penar de forma perpetua bajo una lluvia torrencial.

Al descubrir a la señora de la casa en lugar de a quien él esperaba ver, dejó caer el ramo al suelo para volver a huir despavorido, como sucediera en la ocasión anterior.

Decidió Cassandra que no podía pasar otra vez por alto aquel asunto y que debía indagar acerca de la relación que pudiera tener aquel desconocido con Marianne. No era tonta, a esas alturas estaba claro que algo había entre ellos y que el nombre del muchacho, por fuerza, debía iniciarse con una «A».

Como estaba segura de que no conseguiría grandes avances preguntando directamente a la implicada, comprendió de inmediato a quién debía recurrir.

Capítulo 6

—¿Estás segura, pequeña?

Dorrit miró a Cassandra con timidez, luciendo encarnada como un tomate. No quería ser desleal a su querida hermana revelando sus secretos más íntimos, aquellos que compartían entre las dos y que ella había prometido guardar bajo mil llaves, pero no se llamaba a equívocos y era consciente de que el tiempo corría en contra. Si no revelaba la verdad, si no respondía a la pregunta de la amable vizcondesa, deberían marchar hacia el norte en apenas unas semanas, y su vida, tal y como Marianne había asegurado, cambiaría para siempre. En primer lugar, Marianne se moriría de pena porque su corazón quedaría para toda la vida en Hampshire, anclado a aquel a quien había sido entregado. Y después se moriría ella, por perder a su hermana mayor.

—Sí, señora Wright —respondió al fin.

Cassandra asintió. Lejos de sentirse triste o decepcionada ante el cambio de rumbo que acababa de tomar la situación, puesto que la posibilidad de una acogida permanente acababa de perder fundamento, la vizcondesa se sintió feliz y esperanzada. El futuro de las hermanas Smith podría resolverse de forma satisfactoria igualmente; tan solo sería necesario dar un pequeño empujoncito a quienes no se decidían a dar por sí mismos un paso al frente.

—¿Ese muchacho...?

—Andrew Bronw —completó la niña.

—Andrew Bronw —aceptó Cassandra con una sonrisa. ¡He ahí la «A» bordada!—, ¿quiere casarse con Marianne?

—¡Oh, sí, señora Wright! —Cabeceó la niña—. Y Marianne quiere casarse con él. Los dos están muy enamorados, pero como él es un humilde granjero y nosotros no tenemos ya quien responda en nuestro nombre y debemos marcharnos —se encogió de hombros componiendo una expresión doliente—, Marianne decidió que la boda no podía llevarse a cabo.

Cassandra sintió un gran pesar por la joven. ¡Pobre niña, que renunciaba a su amor al sentirse totalmente desamparada tras la muerte de su padre! ¡Pobres mártires enamorados, tal como Romeo y Julieta en su tiempo!

—¿Andrew tiene familia?

—Es huérfano como nosotras —explicó la pequeña—, pero tiene veintidós años y es propietario de la granja familiar que está cerca de la nuestra. Vive con un hermano menor.

—¿Crees que Marianne se sentiría feliz si pudiera casarse con Andrew?

Los ojos de la pequeña se abrieron como platos, brillosos de emoción.

—¡Se sentiría dichosa, señora vizcondesa, y así por fin dejaría de llorar cada noche aferrada al pañuelo de Andrew! Se cree que no la escucho, pero oigo cómo llora desconsolada todas las noches.

Cassandra sonrió. Ya sabía lo que tenía que hacer y no perdería ni un solo segundo en llevarlo a cabo.

Con ayuda de la pequeña Dorrit, el comienzo de la felicidad de aquellas muchachas estaba más cerca que nunca.

Después de cuchichear instrucciones en el oído de la pequeña —que abría los ojos con gran sorpresa y sonreía conforme la información le estaba siendo revelada—, se dirigió a su dormitorio para escribir un par de cartas de vital importancia.

Cassandra elevó la mirada al muérdago que pendía sobre su cabeza, bajo el umbral del vestíbulo, y sonrió mientras se llevaba una mano al vientre. El doctor acababa de abandonar el *cottage* hacía algunos minutos y a ella solo le había dado tiempo a refrescarse un poco antes de hacer llamar a Thomas.

El vizconde apareció al cabo de pocos segundos. Elegante, apuesto, seductor. Cuando se reunió con su esposa la ciñó de inmediato por el talle para aproximarla a su cuerpo en apretado lazo.

—¿Quería verme, señora vizcondesa? —susurró contra su cuello.

—Siempre, mi querido vizconde. —Y, entregada a los arrumacos maritales, le mordisqueó el lóbulo de la oreja a Thomas, provocándole al caballero un fuerte sacudimiento y un jadeo de sorpresa.

—No debería hacer eso, señora —dijo él, siguiéndole el juego—, o provocará que la alce de inmediato en brazos y la lleve escaleras arriba para encerrarme con usted en la alcoba. Y le advierto que puedo mantenerla allí hasta el año nuevo.

—Pero eso no estaría bien, señor —sonrió ella, enigmática y coqueta—, ni sería tal vez prudente... y mucho menos en mi estado.

Ante este último apunte, Thomas se separó ligeramente para mirarla a los ojos.

—¿En tu... estado? —preguntó, apenas en un jadeo.

Por respuesta, Cassandra esbozó una amplia sonrisa. Liberó la mano de Thomas de su talle para acercarla al vientre, todavía plano, y reposarla sobre la tela. Después colocó la suya encima. Thomas tardó un instante en reaccionar, pero cuando leyó la verdad en las verdes pupilas de Cassandra, un jadeo, una sonrisa y un grito de alegría escaparon de sus labios.

—¿Es eso cierto, amada mía? —exclamó, los ojos brillosos ante la inminencia del llanto.

—Vamos a ser padres, Thomas. —Y elevó la mirada.

Thomas siguió la dirección de los hermosos jades para descubrir sobre las cabezas de ambos el ramillete de muérdago, atado con un lazo rojo.

No hizo falta mayor aliciente que la felicidad que ambos experimentaban y el inmenso amor que se profesaban para que sus labios encajaran como ensamblajes perfectos de una misma pieza y se entregaran a un beso apasionado e infinito bajo el muérdago.

Marianne cruzó el pasillo, tan silenciosa y melancólica como solía reflejarse su estado natural en los últimos tiempos.

Dorrit la había ido a llamar a la habitación, donde permanecía encerrada enjugando sus lágrimas en el pañuelo que Andrew le había obsequiado, para decirle que los vizcondes deseaban comunicarle una noticia muy importante.

Al principio Marianne se puso nerviosa. ¿Habría sucedido algo malo? ¿Habrían disgustado de alguna forma a los Wright? La familia estaba a punto de reunirse para Navidad, ¿habrían entendido que su presencia en la casa se encontraba fuera de lugar y habrían decidido enviarlas antes de tiempo con su tío? ¿O acaso el tío en persona habría acudido para llevárselas de una vez, incapaz de esperar, para obligarla a desposarse? No entendía nada, y tampoco deseaba pensar, puesto que su cabeza solo era capaz de elucubrar posibilidades nefastas. Desde que su padre falleciera todo había sido una serie de catastróficos infortunios.

Pero ahora reclamaban su presencia, seguramente al ser ella la mayor, y querían comunicarle algo sin que Dorrit se encontrara presente. Debía de tratarse de un asunto muy serio. O duro de escuchar. Ella se veía obligada a hacerlo.

Se paró en mitad del corredor, inhaló en profundidad en un intento de aprestarse para lo que estaba por venir, fuera esto lo que fuera a ser, y retomó camino con temor pero con decisión, cuando la figura que descubrió de pronto bajo el umbral del vestíbulo la obligó a detenerse.

—¿Andrew...? —Las lágrimas danzaban entre las pestañas de la joven—. ¿Qué haces aquí?

El muchacho sostenía el gorro en las manos y no dejaba de estrujarlo y darle vueltas con nerviosismo. Dio un paso al frente, una breve sonrisa temblaba en sus labios.

—Marianne, mi bonita y dulce Marianne... —la tomó de una mano para reunirla con él bajo el arco porticado del vestíbulo—, he venido para reiterarte mi amor, que jamás ha mermado o sufrido cambio alguno, y preguntarte, cariño mío —se inclinó para hincar su rodilla en el suelo—, si todavía deseas casarte conmigo.

Marianne no podía responder. Se llevó las manos a los labios y solo atinó a jadear, sollozar y gemir. Temblaba, temblaba como un junco a merced del viento.

—¿Cómo podría ser eso posible? —logró preguntar en medio del llanto.

Andrew, que todavía permanecía con la rodilla en el suelo, también mostraba su masculino

rostro, bien rasurado, surcado por las lágrimas.

—Los Wright escribieron al tío de vuestro padre —balbuceó, en medio del llanto y la risa—, debieron de ser verdaderamente persuasivos porque ya no desea llevaros con él y tampoco desea casarse contigo. De hecho, incluso ha renunciado a la granja de tu familia, ahora es vuestra, Marianne.

La joven no daba crédito. Sentía el pecho henchido de dicha y una gratitud infinita en su corazón.

Los Wright habían sido auténticos ángeles para ella y para su hermana, las habían llenado de felicidad y bendiciones e incluso habían hecho realidad el sueño más grande de la propia Marianne. Ya no tendrían que abandonar Hampshire, ni siquiera la granja familiar, ya no tendría que casarse por obligación con un hombre que, de primeras, le repelía, y ya no tendría que renunciar a su amor. Podía casarse con Andrew, con su Andrew, y ser felices juntos. Podrían unir sus familias y formar la suya propia.

—¿Qué me dices, Marianne?

Ella regresó a la realidad, a la visión del hombre de sus sueños postrado de rodillas a sus pies y esperando una respuesta.

Sin mediar palabra se dejó caer de rodillas a su lado, llorosa y gimoteante, para lanzarse a sus brazos y enlazarse en su boca. Bebieron el uno del otro con la pasión ardiente de la juventud, enjugándose mutuamente las lágrimas mediante besos que calmaban dolor y borraban aflicciones.

Sobre sus cabezas, el ramillete de muérdago perlado en blanco y abrazado por un bonito lazo rojo atestiguaba una vez más todo el amor que florecía en Navidad, y siempre cada día, bajo los techos de Hollybrook Cottage.

En la estancia contigua, Thomas y Cassandra, con la pequeña Dorrit en medio de los dos, observaban la escena en silencio, con una sonrisa en los labios y lágrimas en los ojos en el caso de las féminas.

Un obsequio inesperado

Julianne May

*Para quienes, a pesar de los obstáculos,
nunca dejan de creer*

Capítulo 1

*E*scocia, diciembre de 1827

Querida abuela:

Perdona que haya tardado tanto en responderte, pero es que jamás creí verme en una situación como esta.

Antes que nada, me alegran mucho las noticias familiares. Y, como bien sabes, nada me haría más feliz que compartir las navidades con ustedes. Sin embargo, y muy a mi pesar, debo rechazar la invitación.

Hace unos meses que el ánimo festivo y alegre de mi querida Caro cambió a uno gris y amargo. Pero tiene sus razones. Y ya las conoces.

Claro que le transmití tus consejos: que «tiempo al tiempo», que se relaje, que cuando menos lo esperemos se cumplirá... Pero no hay caso. No importa lo mucho que nos empeñemos en ver la situación con normalidad, lo cierto es que Dios aún no nos bendice con un hijo, y siento que Caro ha perdido las esperanzas.

Su espíritu libre, fogoso y lleno de vida se ha apagado. Un cambio tristemente paulatino, casi imperceptible hasta hoy. Incluso, hace unas semanas, ha dejado de cabalgar, abuela. ¡De cabalgar! ¡Su gran pasión!

Por supuesto que no me quedé de brazos cruzados. No tardé en preguntarle el motivo por el que también había dejado de disfrutar sus largos paseos a caballo, pues solo ella goza tanto de galopar por los inmensos campos. Pero no supo darme ninguna razón en especial.

Aun así, y respecto de Nochevieja y Navidad, me atreví a consultarle. Le dije que festejar junto con ustedes podía traernos aires renovadores. Sin embargo, se ha negado... E incluso se opuso a reunirse con sus hermanos, aquí, en Escocia.

Sé que, con todo esto que te he contado, comprenderás la gravedad de las circunstancias. Y, aunque entiendo que mi sorpresa no la satisfará ni un ápice, espero que

al menos la estimule a regalarme una sonrisa.

Y de verdad que lo ansío, pues, si bien los frutos de los negocios que hemos conseguido con Hamilton han sido muy fructíferos, la adquisición de Thornton Hall y su renovación están consumiendo mi riqueza de forma muy veloz. Claro que no tienes por qué preocuparte. Solo quedan detalles... Bueno, en realidad, el más importante: la glorieta con rosas. Sin eso, creo que todas mis buenas intenciones se esfumarían en un simple suspiro. Ya sabes lo mucho que Caro ama las flores.

En fin, querida abuela. Aunque me apena muchísimo no compartir contigo la Navidad, sabes que mi corazón estará allí contigo.

Envíales a todos mis mejores deseos y que espero verlos muy pronto.

Con todo mi cariño,

Linus

Linus Wright dobló la carta para su abuela, la condesa de Haworth, y, tras sellarla, la apoyó sobre el escritorio, se dejó caer sobre el respaldo del asiento y exhaló.

Ya no sabía qué más hacer por su querida Caroline. Cumplir el sueño de ambos de tener un hijo, producto de su amor, estaba resultando el desafío más grande de sus vidas. Y aunque Linus había hecho hasta lo imposible por animarla, sabía que nada la sacaría de las sombras del dolor y la decepción.

Aun así, se había jugado gran parte de su fortuna al comprar Thornton Hall. Una exquisita y antigua residencia que, según Caro, la tenía enamorada desde pequeña y con la que había soñado algún día ser ama y dueña.

Por supuesto que ella no tenía idea de la nueva adquisición y mucho menos de la remodelación en la que el exlibertino había invertido no solo dinero, sino también pasión, sudor y lágrimas.

Y todo lo hacía por ella. Por su amor. Por Caroline.

Capítulo 2

Jamás en la vida se había imaginado envuelto en semejante empresa, pero allí había estado Linus: ni bien despuntaba el sol, desayunaba liviano y marchaba directo a Thornton Hall, la antigua e imponente residencia que, con mucho esfuerzo, había comprado. Daba directivas y, con ojo de águila, se aseguraba de que se siguiera cada una de sus exigencias.

Pero ya habían pasado varios meses y lo único que debía asegurarse para ese día, el último y previo a las navidades, era de que la glorieta, fuera como fuera, se mantuviera impecable. Claro que, esta vez, el esplendor que la rodeaba venía de las incontables rosas de Navidad que Linus había encargado. Y así, luego de una larga y detallada inspección por Thornton Hall, caminó hacia el exterior hasta llegar a la hermosa estructura.

La observó con detenimiento. Cada flor, fuerte y vital, se erguía con una hermosura solo comparable a la de ella, su esposa Caroline. Sonrió de lado y, al sentir una helada brisa acariciarle el rostro, supo que era momento de regresar a la casa que, desde su casamiento, era el hogar de ambos.

Entró, se liberó del abrigo y, con entusiasmo se dirigió a la sala principal, donde solía estar Caro.

Los primeros meses, y con marcado entusiasmo, ella se había sentado a bordar innumerables tramas para ese futuro hijo que no llegaba. No obstante, las últimas semanas solo permanecía allí, sentada, con la mirada fija y perdida en las crepitantes llamas de la chimenea. Por supuesto que la imagen de esa Caroline apagada y de una agonía contenida no era lo que Linus había imaginado para su matrimonio y muy lejos estaba de la felicidad que él le había prometido. Aun así, él sí era inmensamente feliz, siempre que la tuviera a ella a su lado. Claro que intentaba distraerla, mas no funcionaba. De hecho, ella solía enfurecerse cuando él buscaba convencerla de imaginar una felicidad distinta a la que se había empeñado a conseguir.

No obstante, esos últimos días Caroline había cambiado de manera notoria. Ya no hablaba. Se mantenía distante, fría e ida. Incluso, tal como Linus se lo había mencionado a su abuela, la condesa, Caro había dejado de cabalgar. Sin duda alguna, que ella decidiera abandonar la actividad que más disfrutaba lo había alertado sobremanera.

No obstante, el exlibertino mantenía la esperanza de recuperar a su esposa, a esa mujer llena de vida y entusiasmo que tanto lo había enamorado. Y al comprar Thornton Hall, la residencia de los sueños de ella, creía que lo lograría. Y si no, al menos estaba dando su mejor esfuerzo.

Agotado pero ansioso por compartir la primera Navidad con ella, entró en la sala con la sonrisa más amplia. Sin embargo..., Caro no estaba.

—¿Caroline? —inquirió Linus con el ceño fruncido.

Nervioso, observó cada uno de los sillones... vacíos.

Salió de la sala y, dando largas zancadas, subió las escaleras al tiempo que exclamaba su nombre. La buscó en los aposentos, en la sala de música y en cada rincón de la casa. Pero nada. Caroline no estaba. Se había ido.

Con el corazón en la boca, descendió en busca del mayordomo.

—¡Wilson! ¡Wilson! —bramó mientras bajaba.

Por supuesto que el empleado ya estaba al pie de las escaleras para cuando Linus bajó.

—¿Señor Wright?

—¿Dónde está? ¡Caroline! ¡¿Dónde está?!

El mayordomo tragó saliva al tiempo que, nervioso, elevó el mentón.

—La señora se marchó.

—¡Eso ya lo sé! ¡Necesito saber adónde demonios se fue! —gritó, desbordado.

—Lo siento, señor. Le pregunté si deseaba ir acompañada, en especial por las horas, pero se negó. No mencionó a qué lugar, pero sí aclaró que le urgía ir sola.

—¿A menos de unas horas de Nochebuena?! —inquirió Linus, abrumado y sin comprender lo que la cabeza de su esposa habría maquinado.

—Sí, señor. Y nos encargó solícitamente decorar y tener la cena lista para usted.

—¿Para mí? ¡¿Solo para mí?! —Exhaló con violencia y con los brazos en jarra. Pero al no tener como respuesta más que un leve asentimiento de cabeza por parte de Wilson, bufó y se acarició el cabello hacia atrás. Meditó unos segundos y, acorralado por un incipiente temor, continuó—: Debo buscarla. No sé dónde rayos estará, pero debo encontrarla ya mismo.

Se puso el abrigado gabán y, tras dar la directiva de que prepararan su robusto purasangre, salió de la casa.

No sabía cuál era la razón que habría motivado a su esposa a huir a pocas horas de festejar Nochebuena y bajo una noche que prometía un intenso frío, pero, fuera lo que fuera, no era buena. No a los ojos del angustiado Linus Wright.

Capítulo 3

A pesar de la incipiente oscuridad, cabalgó con desesperación. No le importó el frío que, por poco, lo congeló; su corazón galopaba al son de un pavor que nunca había sentido en su joven existencia.

No quería pensarlo, pero le era inevitable: ¿acaso la tristeza la había consumido tanto que... abandonarlo le resultó la mejor solución?

Negó con la cabeza al tiempo que se apeó del caballo.

«No, Caroline jamás me haría eso. Jamás».

Respiró profundo. El aire frío le heló los pulmones, pero poco le afectó, pues la sensación de derrota era más intensa y lo consumía. Había recorrido cada negocio y cada rincón del pueblo, mas no obtuvo ni una señal de ella.

Decidido a pedir ayuda, entró en la casa. Pero entonces, cuando creyó que sus primeras vísperas de Navidad con ella serían el peor día de su vida, el tiempo se detuvo.

—¿Caroline? —inquirió sorprendido, con los ojos azulinos abiertos como dos platos. Avanzó lento, sin estar seguro de si era un espejismo producto de su deseo por encontrarla, pero, en cuanto ella sonrió tímidamente, se lanzó y en dos zancadas la atrapó entre sus brazos—. ¡Caroline! ¡Mi vida! —exclamó. Le besó el rostro y le acarició los bucles color fuego. Con locura, posó los labios sobre los de ella y, tras exhalar lo que le quedaba de angustia, clavó la mirada en la verdemar y cristalina de Caroline—. ¿Por qué? ¿Por qué me dejaste así?

Ella apenas abrió la boca para dar su explicación, mas Linus, impulsivo, negó con la cabeza y se atajó.

—No, no me digas nada. —Entusiasmado, e intentando hacer a un lado la amargura, la tomó de las manos—. Abrígate. Tenemos que salir. No puedo aguantar hasta mañana.

Caro frunció el ceño.

—Pero, Linus, la cena...

—Puede esperar. Además, confío en Wilson. Ni él ni ninguno de los criados se atrevería a dejarnos sin un bocado.

Caroline rio y, tras suspirar —pues sabía que no existía forma de convencer a su esposo

cuando una idea le dominaba la cabeza—, se envolvió con su mejor abrigo y lo siguió.

Linus quiso llevarla a caballo, mas ella se negó por el frío, por lo que viajaron en el coche.

Sin embargo, él no dejó que espiara a través de la ventanilla. Incluso, cuando llegaron, sacó de su bolsillo una larga cinta, una de esas con las que Caroline a veces decoraba sus vestidos, y, antes de bajar, la invitó a que se girara.

—Linus, ¿qué es lo que estás tramando? —inquirió ella mientras él le vendaba los ojos.

—Ya verás... Bueno, no ahora, precisamente. —Y se carcajeó.

Se apeó del coche y, tras ayudarla, también Caroline descendió.

Con cuidado, Linus la guio hasta la imponente entrada y, cuando ella menos lo esperó, él le quitó la venda.

Se hizo un breve silencio hasta que ella soltó un suspiro ahogado.

—¿Linus? —Se dio la vuelta para quedar de frente a él—. ¿Qué es esto?

—Una casa... Bueno, un poco más que eso. Pero lo que importa es que es la de tus sueños: Thornton Hall, ¿verdad? —Le envolvió el rostro entre las manos y sumergió la mirada en la asombrada de ella—. Mi obsequio de Navidad. Para ti. Solo para ti.

Caroline se quebró en un llanto de felicidad. Un llanto con el que Linus hacía tiempo había soñado. Y, sin perder un segundo, lo besó con una pasión renacida desde lo más profundo de su corazón.

—Pero no es todo —se atrevió a soltar él entre besos.

—¿Qué? —inquirió ella, aún fascinada por la locura de amor que había cometido su esposo.

Linus la tomó de una mano y, tras hacerla correr hasta el infinito parque trasero de la residencia, la llevó hasta la glorieta, la hermosa y floreada estructura que, de inmediato, Caro descubrió.

—Oh, Linus... —soltó llevándose las manos a la boca.

En cuanto ella se detuvo frente al océano de rosas de Navidad, él la abrazó por detrás.

—Son para ti porque son como tú, mi amor. Hermosas, puras, únicas y fuertes como ninguna otra, capaces de sobrellevar hasta la más fría y cruda de las tempestades.

Con los ojos repletos de lágrimas, Caroline se giró y, al tiempo que le acarició una mejilla, se hundió en los ojos desbordantes de amor de su esposo.

—Pero no solo yo. Los dos tendremos que seguir siendo así, mi Linus.

—Lo sé, pero no temas, porque nada podrá contra nuestro...

—Chiss. —Lo silenció ella al ponerle un dedo sobre los labios. Luego, le tomó una mano y, despacio, la guio hasta su cálido vientre femenino—. Necesitaremos mucha fuerza y paciencia porque, tal como me ha confirmado el médico hace tan solo unas horas, en unos meses nacerá nuestra propia flor.

La mirada azulina de Linus se envolvió en un mar de lágrimas que desbordó en cuanto cerró los ojos para besarla con total devoción.

Y no importó la cena ni que apenas pasaran las doce en el reloj. Caroline y Linus se fundieron

en un beso eterno. Uno de esos que se dan cuando se recibe el más hermoso e inesperado de los obsequios navideños. El más deseado en su historia de amor.

Carita de muñeca

Raquel Gil Espejo

*N*avidad de 1843

Castillo de Mey

...El amor es todo un enigma: llega sin esperarlo, te desarma por completo, se rebela contra ti misma, no se deja guiar por la razón. Es un todo o la nada, sin dobleces, sin medias tintas, sin renunciaciones, pero sí con rendiciones.

Aileen cerró su diario. Por muy sigiloso que quisiera ser, estaba convencida de que podría llegar a sentir la presencia de Bruce desde el otro extremo de las Highlands. Quizá fuera su aroma, tal vez su alma indómita —que solo claudicaba ante ella—, o, simplemente, el amor que continuaba despertando en ella amanecer tras amanecer.

—¿Me dejarás leerlo algún día, *mo aingeal*^[1]? —le preguntó justo antes de besar su cuello.

—No.

—Vaya, ¿es que nunca piensas darme un «sí» por respuesta?

—Ya sabes que no.

Aileen sonrió, se giró para mirarlo y lo besó con dulzura, gesto que él acogió con pasión.

—¿Y si...?

—He dicho que no, cabezota.

—¿Ni aunque...?

—¡Para, Bruce! —Trató de mantenerse en su sitio.

La vizcondesa de Caithness sabía que no tenía nada que hacer. Jamás había logrado resistirse a los encantos de su esposo.

Bruce la tomó en brazos mientras ella fingía un malestar que él sabía impostado, de ahí la sonrisa que lucían sus labios, y la arrojó sobre el lecho conyugal. Aileen podía sentir su aliento entrecortado sobre su faz.

—¿Crees que algún día, dentro de muchos años, alguien leerá tu diario? —Logró sorprenderla con su pregunta.

—Nada me gustaría más, y ojalá mis vivencias puedan ser de ayuda.

—¿Solo tus vivencias?

—Y mis sentimientos hacia el hombre más maravilloso que haya existido, aunque me engañara...

—¿Otra vez? —Sacudió la cabeza.

—Es que me engañaste —le recordó.

—Ya... Y también hago otras cosas.

—¿Como... cuáles?

Bruce comenzó a deslizar ambas manos por sus piernas y fue elevando la falda de su vestido

con sumo cuidado. Se perdió en el azul de su mirada, ella se mordió el labio inferior, conocedora de lo que vendría a continuación y, cuando los labios de él entraron en contacto con su sexo, Aileen se retorció de placer.

—¡Madreeeeeeee!

La puerta de la alcoba se abrió, y Mary, la primogénita de los vizcondes de Caithness, se quedó paralizada frente a ellos, tratando de analizar lo que estaba viendo.

—A tu madre la ha picado una araña y estaba viendo el alcance de la herida. —Bruce trataba de sonar convincente al tiempo que volvió a colocar la falda del vestido, torpemente, en su sitio.

—Te he dicho miles de veces que llames a la puerta antes de entrar, Mary —la reprendió Aileen.

—Pero...

—Bueno, querida, le diré a Effie que te prepare un ungüento y en un par de días no habrá ni rastro de la picadura —continuaba el vizconde con su puesta en escena.

—Está bien, cariño, pero... ya te puedes quitar de encima —le pidió entre dientes antes de añadir—: ¿Qué querías, hija?

—Alis se ha encaramado al árbol más alto de todos y amenaza con no volver a bajar nunca más —les explicó.

—¿Y cuál es el motivo? —preguntó Aileen mientras se sentaba sobre la cama. Bruce acababa de hacerse a un lado.

—Dice que las gemelas son siniestras y que no quiere verlas.

—Son sus primas.

Flora y lord Melvill, con el paso de los años, habían logrado ser padres de gemelas: Hanna y Sophie. Habían pasado tres años desde que se trasladaran desde Thurso a Mey.

—Hay que reconocer que son un tanto... ¿especiales?

Bruce recibió un codazo de su esposa.

—Anda, vayamos a ver al terco de tu hermano... ¡A quién habrá salido! —suspiró.

—En lo de trepar a los árboles, está claro, ¿no?

—¿Y en todo lo demás?

—Es un Bruce en miniatura —se regocijó el vizconde.

Aileen y Mary sacudieron la cabeza antes de abandonar la estancia.

—¡Alistair Wright, baja ahora mismo de ahí!

—Es Sinclair —le recordó Bruce.

—Así es como lo llama madre cuando está muy enfadada —señaló Mary.

—¡No pienso hacerlo! —gritó el pequeño.

—Está anocheciendo y la familia empezará a llegar en... ¿minutos? —La exasperación de

Aileen iba en aumento.

—Ahora sabes lo que se siente, ¿eh? —Bruce era el único a quien parecía divertirle la situación.

—Si no vas a ser de ayuda, mejor te vas. —Lo miró con furia—. Y, si te quedas calladito, igual te dejo echarme el ungüento esta noche.

—¿Pero no lo iba a hacer Effie? —señaló Mary.

—Es verdad, hija, es verdad... Es que tu hermano me tiene de los nervios. —Trató de templarse.

—¿Qué está pasando aquí?

Mary corrió a los brazos de Robert Sinclair, su abuelo. Margaret, la condesa de Caithness, lo acompañaba.

—Tu nieto no quiere bajarse del árbol, padre —le explicó Bruce.

—De tal palo...

—¡Tío! —Aileen se giró y se abrazó a Tobias, que era como su padre en las Highlands. También besó a la tía Constance.

Mary, para quien Tobias y Constance eran sus abuelos, pues así lo había querido su madre, fue recibida entre arrumacos.

—Primo, ¿ya la estás liando otra vez? —Craig, un jovencito pelirrojo de trece años, acababa de llegar acompañado por Colin y Grace, sus padres.

—Hermano. —Bruce y Colin se saludaron con efusividad.

—¿Qué le pasa?

—Ay, Grace, quién puede saberlo. —Aileen emitió un profundo suspiro.

—Es tozudo como su...

—Padre —la interrumpió.

—No es lo que iba a decir.

Grace y la vizcondesa se sonrieron.

—¡Hola, familia! ¿Se puede saber por qué...? ¡Oh, ya veo! —Allan se respondió a sí mismo.

—Bienvenido, primo y... bienvenida, Rhona.

El pequeño de los MacAllister le había prometido a Aileen que conseguiría el amor de «su carita de muñeca» y el tiempo le había dado la razón. La pareja de recién casados —ella se había resistido más de lo esperado pese a estar enamorada de él— esperaba a su primer bebé.

—Vienen las gemelas siniestras... —bisbiseó Mary.

—No vuelvas a llamarlas así —le recriminó su madre.

—Yo te apoyo, prima —le dijo Craig, ganándose la amonestación de Grace, quien se abrazó a su hermana.

—Estás preciosa, Flora... Lord Melvill.

—¿Cuántas veces te he dicho que me llames Hugh?

—¿Miles? —Grace desvió la mirada hacia su izquierda—. Hanna, Sophie, estáis... preciosas.

—Dan escalofríos —musitó Mary—, aunque tienen cierto encanto.

—También te apoyó en esto —le dijo Craig.

Ambas habían heredado el cabello negro de su padre, que se negaban a llevar recogido, y los ojos claros de su madre. Además, solo toleraban usar prendas de vestir de tonalidades oscuras.

—Aaaaaaalis —lo llamó Sophie.

—¡Deja de provocarme, demonio! —le gritó.

—Alis, modera ese lenguaje —lo llamó al orden Aileen.

—Me encantan estas timbas —admitió Colin.

—Yo iba a decir lo mismo —recibió el apoyo de Bruce.

—¡Hombres! —Grace los miró con desdén y ellos hicieron oídos sordos.

—¡Primo favoriiiiito, baja a jugar conmigo un ratiiiiito! —vociferó Hanna—, o si no...

—Cierra la boca, hija. —Flora le prohibió continuar hablando. Bien sabía que su hija habría empeorado la situación.

—Otro demonio —bisbiseó Alis.

—Dile que baje inmediatamente —le pidió Aileen a Bruce antes de añadir—: ¿Se puede saber qué murmuráis vosotros dos?

Mary y Craig se habían hecho a un lado. Ella susurraba en el oído de él.

—Pues... Verás, madre, yo... le estaba contando al primo lo de tu picadura y cómo padre miraba debajo de tu...

—¡Silencio! No digas ni una palabra más. —La mandó a callar—. Y tú, hijo, baja de una maldita vez o subo a por ti, y como eso ocurra, vas a estar dos meses encerrado en tu recámara.

—¡Me da igual! —Obtuvo por respuesta para su desesperación.

—¿Eso de la picadura...?

—Mejor lo dejamos —le dijo Bruce a Colin.

—Ya... —Sonrió con picardía.

De repente, las miradas habían pasado de estar posadas sobre Alis a hacerlo sobre los vizcondes, y la incomodidad podía verse reflejada en sus rostros.

Por otra parte, Mary no hablaba de arañas, ni de picaduras ni de faldas. En realidad, estaba apostándose con Craig cuál sería el desenlace de aquella surrealista situación, con toda una familia pendiente de un pequeño de diez años en la última noche del año.

—Alis, cariño —Aileen trató de cambiar de estrategia dado que las amenazas no daban resultado—, dime qué podemos hacer para que decidas bajar de ese árbol.

También endulzó el tono de su voz.

—Solo existe una persona en el mundo que pueda lograr tal hazaña —le respondió.

—Será... —dijo entre dientes—. ¿Y le vas a decir a tu madre de quién se trata?

—Está tan claro... —Mary miró a Craig. Era su apuesta.

—No estoy hablando contigo, hija.

—Solo quería ayudar, madre. —Torció el gesto.

—No se lo tengas en cuenta, cariño, tu madre está muy nerviosa —le dijo Bruce mientras la cubría entre sus brazos.

—En cambio, tú pareces muy tranquilo, esposo.

—Mis nervios van por dentro, esposa.

—Ya... —Volvió a centrarse en su hijo—. Mi pequeño Alis, ¿me dices a quién necesitas?

—A Lenay.

—Mary...

—Ya voy, madre —le habló sin acritud.

Lenay era la hija de Effie y de Gavin, el mozo de cuerdas del castillo. Tenía tan solo un año menos que Alistair y acostumbraban a pasar juntos mucho tiempo. Ese detalle, y el color cobrizo de su cabello rizado, bien podría hacerles pasar por hermanos. Aileen había decidido que los dos recibieran la misma educación. Effie siempre había sido una hermana para ella.

Pasados unos minutos...

—¿Qué sucede? —preguntó Effie—. A Mary no le ha dado tiempo de explicarnos nada.

—Mi hijo, ya lo ves, encaramado a la rama más alta de ese árbol, y dice que solo baja si Lenay se lo pide, o algo así.

—Ya veo...

—Hola, Alis.

—Hola, Lenay.

—¿Qué haces ahí arriba?

—Mirar las estrellas, ¿has visto lo bonitas que están esta noche?

—Están preciosas.

Los dos pequeños comenzaron a conversar como si nadie más estuviera a su alrededor, mientras los adultos y el resto de los niños apenas podían creer lo que estaban viviendo. La noche se había echado encima, aunque los jardines estaban alumbrados con farolillos, y la cena ya esperaba sobre la mesa.

—¿Quieres subir conmigo?

—Sabes que soy un poco patosa y me podría caer. ¿Por qué no bajas tú?

—Mis padres me van a regañar.

—No lo van a hacer.

—¿Me lo prometes?

—Te lo prometo.

—¿Me darás un abrazo cuando ponga mis pies sobre el suelo?

—Te daré el abrazo más grande del mundo.

—En ese caso...

—¡Cuidadoooooo!

Al grito de Aileen le siguió el del resto. Incluso las gemelas se taparon los ojos.

—Solo era una broma. —Se jactó Alis.

—Yo lo mato.

—Contención, *mo aingeal* —le pidió Bruce.

En cuanto Alis dio el último salto que lo llevaría a tierra firme, se echó en brazos de Lenay.

—Mi carita de muñeca —le dijo al tiempo que sonreía.

Aileen se giró para mirar a Allan, y el joven MacAllister cuadró una sonrisa. También tragó saliva. Sabía que su prima no lo dejaría estar.

—Bueno, pues... ya estamos todos... ¿cenamos? —sugirió el conde de Caithness.

—Van dados de la mano —le dijo la vizcondesa a su esposo.

—Solo son unos críos —le recordó Bruce.

—Pero... la ha llamado «carita de muñeca»... ¿Y si...?

—¿Me quieres preguntar si permitiría que mi hijo se desposara con la hija de una sirvienta?

—Effie es como una hermana para mí —lo rectificó.

—Lo sé... —suspiró—. No adelantemos acontecimientos. Tienen diez y nueve años...

—Yo jamás me opondría a su amor.

—Sabía que dirías eso. —Bruce buscó su mirada, posó ambas manos sobre su rostro y la besó con apremio.

En días anteriores, Aileen, ayudada por Effie, Mary, Alis y Lenay, había estado confeccionando una corona de flores, en cuyo centro lucía una vela roja.

—Esperad, no olvidéis pedir un deseo —les recordó Aileen antes de que Bruce la izara, quedando pendida del techo, en la parte central del salón.

Había sido expreso deseo de la vizcondesa que Effie, Gavin y su hija se sentaran con ellos alrededor de la mesa y, como no podía ser de otro modo, Lenay se acomodó junto a Alis. El jovencito Sinclair no habría aceptado ninguna otra opción; aunque tener a las gemelas justo enfrente no entraba en sus cálculos.

Robert Sinclair golpeó su copa con una cucharilla, pidiendo la atención de todos los invitados a aquel banquete.

—Hoy, más que nunca, me siento orgulloso de la familia que hemos creado. Sinclair y MacAllister; MacAllister y Sinclair...

—¡Ejem, ejem!

—... Sin olvidar a los Wright —añadió ante el recordatorio velado de Aileen—, ni a lord Melvill, a Effie y...

—Ya, querido —lo interrumpió Margaret—, con decir familia habría bastado.

—Mi esposa tiene toda la razón... Bueno, pues... como iba diciendo... Es un honor teneros en mi mesa y me alegra inmensamente que Colin, Allan y Bruce hayáis seguido la estela de Tobias y mía, quienes siempre nos tratamos como hermanos. También tú, mi querida nuera, lo haces con Effie, la jovencita que te siguió desde tu Londres natal. Y mis nietos... ¿no son verdaderos ángeles?

—Dos son demonios, y te olvidas de Lenay.

—No seas grosero, Alistair —lo llamó al orden Aileen.

—No lo regañes, tiene toda la razón. Lenay es como una de esas hadas de las Highlands; y Sophie y Hanna, bueno... ellas... son...

—Maravillosas. —Le echó una mano Margaret.

—Tú lo has dicho, querida... Y ahora, comamos, bebamos y bailemos.

—Mejor que acabe ya, sí, porque vaya discursito. —Allan arrancó las risas de Bruce y de Colin. El resto mantuvieron el tipo.

—Madre, antes de que termine la fiesta, Alis y yo tenemos algo para ti.

—¿De verdad?

Ambos asintieron con la cabeza.

—Vamos, Alis, dáselo.

El pequeño, que mantenía las manos tras la espalda, dejó de ocultar aquello que portaba.

—Oh, mis niños, un ramillete de primulas. Es... precioso.

Mientras los abrazaba y reprimía las lágrimas, no pudo evitar mirar a Bruce. Sabía que solo él podría haber ido a recogerlas.

—¿Pensabas salir a cabalgar sin mí?

—De hecho, te estaba esperando —le respondió Aileen.

Una vez subidos a lomos de sus caballos, se besaron y se fueron alejando del castillo. Una vez más, circundando la costa, alcanzaron los acantilados de Scrabster; y, de nuevo, acabaron sentados junto a la orilla del que había pasado a ser su lago, el lugar en el que tomaron contacto físico por primera vez.

Aileen, siguiendo con su ritual, se descalzó y sumergió los pies en el agua, alzando la falda de su vestido para que este no se mojara. Bruce posó una de sus manos sobre una de sus piernas y ella apoyó la cabeza sobre su hombro.

—Aún recuerdo aquellas palabras.

—¿Cuáles de tantas? —Quiso saber Aileen.

—Las que gritaste en los jardines de los MacAllister... «Si no llego a sentir un amor como ese, tan arrebatado y tan fiel, no me desposaré. ¡Jamás!... ¡No me desposaré si no es por amor! ¡Que se entere mi tía! ¡Que se entere Mey! ¡Que se entere todo el condado de Caithness! ¡Que se entere el jefe del clan! ¡Y que se entere también el hijo de Robert Sinclair!». —Las reprodujo una a una.

—Y ya ves para lo que me sirvieron.

—Es que era imposible que te resistieras a mis encantos, carita de muñeca.

—¡No me llames así!

—Carita de muñeca —repitió.

—¿Me estás provocando?

—Estaba pensando en hacerte el amor.

—¿Aquí y ahora?

—Aquí y ahora.

—¿Y se puede saber a qué estás esperando, Bruce Sinclair?

Aileen se mordió el labio inferior, y el vizconde la besó con ese deseo irrefrenable que recorría todo su cuerpo, previo paso a entrelazar sus cuerpos, a convertirse en un solo ser, a alcanzar la perfección, a danzar bajo el cielo diáfano de las Tierras Altas.

Las intrigas de una boda

Arlene Sabaris

Mientras caminan por la calle principal, Margaret y Lucy curiosean desde lejos las ventanas de las tiendas. Las hermanas fingen detenerse en los escaparates decorados con elegantes telas y cintas, pero en realidad buscan a alguien. Algunas velas que quedan aún encendidas desde la noche luchan por sobrevivir unos instantes más y parpadean en los alféizares, su cálida luz dorada contrasta con el frío grisáceo del exterior. Ya algunas casas están adornadas con guirnaldas de pino y acebo, las familias recorren las calles y el alboroto pronto llena la mañana. El aroma de cera moribunda y pino se mezcla con el aire frío. Aquel ambiente que por momentos parece festivo anunciando las fiestas a veces se torna deprimente por la oscuridad del cielo aun entrado el día; es un reflejo curioso del corazón de Margaret Fitzpatrick a solo días de su boda. La inocente jovencita estaba segura de que Ashley Cooper ocultaba algo, pero jamás imaginó que podría interferir en su propio destino. Los recientes acontecimientos no hicieron más que alimentar sus sospechas sobre el hermano mayor de su prometido y heredero del título familiar del ducado de Wellington. Sus dudas terminarían por ser confirmadas; y ahora que se acercaba la Navidad y también la fecha de su boda, sentía temor de que el escándalo familiar a punto de desatarse pusiera en peligro su futuro con Edward. El camino para descubrirlo no había sido sencillo. Ahora espera que Lucy la ayude a solucionar todo antes de que sea tarde.

Todo comenzó cuando Ashley regresó de un largo viaje a Francia. Elisabeth Wright estaba convencida de que el mayor de los Cooper había regresado a Londres con la firme intención de casarse con ella. La joven era la mejor amiga de Margaret, pero ella sabía que la más pequeña y consentida de los hermanos Wright siempre asumía que los caballeros más apuestos y acaudalados de la ciudad tenían el mismo objetivo: desposarla. Aunque apreciaba a Elisabeth, le fastidiaba la alta estima que tenía de sí misma y lo centradas que estaban las conversaciones en su imagen y sus sueños de grandeza. Sin embargo, Margaret, con su carácter pacífico, ya estaba acostumbrada a hacer oídos sordos a las interminables descripciones sobre la grandiosa boda que su amiga de la niñez imaginaba; una a la que, sin duda, asistirían los mismísimos reyes de Inglaterra.

El día de aquella esperada boda de la familia Wright llegó, muchos meses después de que Ashley Cooper regresara a Londres, pero no era él quien desposaba a la nieta de Teresa García de Arteaga Wright, condesa de Haworth. La boda se celebraba entre Elisabeth Wright y Jaime Arce Guzmán, el heredero recién descubierto de lord Yardley, barón de Birmingham. Fue una ceremonia íntima y elegante, llevada a cabo en la propiedad familiar en el campo. Aunque Wrighton House había acogido pocas recepciones nupciales, la finca de lavanda de lord Yardley, situada cerca, fue elegida el lugar ideal para la ocasión. Todavía estaba florecida, pero era ya la despedida del verano. En aquel día de septiembre, cuando empezaban a asomar los colores del otoño, Margaret no disimuló su sorpresa al ver a su amiga, siempre tan llena de sueños

extravagantes, del brazo de quien hasta hacía poco era solo un primo postizo de la familia Wright. Esperaba una fiesta mucho más lujosa y se encontró, por el contrario, con un ambiente campestre y familiar. Elisabeth, con una hermosa diadema adornando su cabello, estaba más resplandeciente que nunca, pero aquella joya era lo único extravagante. Se parecía a lo que la misma Margaret imaginaba para su boda: sencillez y buen gusto.

Aunque la escena no coincidía con las fantasías que las amigas habían compartido desde niñas, había algo en la simplicidad del evento y en las miradas cargadas de amor que los desposados intercambiaban que la hacía digna de envidia. No por la presencia de reyes, que brillaron por su ausencia, sino por la auténtica devoción que se percibía entre Jaime y Elisabeth, un amor tan evidente que hacía suspirar incluso a los más incrédulos. Margaret estaba feliz por su amiga y también por Jaime, a quien conocía desde la adolescencia. Pero lo que más le emocionaba era poder ver en la fiesta a Edward, su futuro marido. Había planeado pasar toda la velada colgada de su brazo. Su vestido corte imperio y de color verde olivo, combinado con un chal de lana, combinaban a la perfección con su nuevo broche de cabello. Había esperado toda la semana para usarlo y que él hiciera algún comentario cuando intentara, sin previo aviso, acariciar alguno de sus rizos castaños. Lo vio de lejos en la iglesia, pero no fue sino hasta que llegaron los invitados a Wrighton House cuando vio desvanecerse todos sus planes.

Margaret notó al llegar a la casa del campo con su madre que, entre los invitados, aunque estaba Edward junto a los duques de Wellington —sus padres—, había con ellos una mujer que no había visto nunca, y por el contrario, el apuesto Ashley Cooper no estaba junto a la familia. Varias de sus amigas se acercaron a ella para comentar la misteriosa desaparición del soltero más codiciado de Londres y también para interrogar a Margaret sobre la hermosa mujer que acompañaba a Edward y a quien nadie conocía. Margaret, tomada por sorpresa, trató de disimular su desconocimiento sobre el asunto. Cuando finalmente se encontraron ambas familias, el duque de Wellington presentó a la extraña como una prima recién llegada de París. La jovencita, molesta por la actitud de los Cooper para con ella, se pasó la tarde con su madre, y de vez en cuando y si las obligaciones de la novia se lo permitían, recordando historias con su amiga Elisabeth, que no dejaba de expresar su felicidad. En una de esas conversaciones, cuando estuvieron solas, Elisabeth bromeó con su amiga:

—¡Oh, mi querida Margaret! No dejo de pensar en todas las veces que intentamos descubrir quién era el heredero de lord Yardley. ¿Te puedes creer qué extraño giro tomaron los acontecimientos? Ahora estoy casándome con él.

—Supongo que a veces tenemos la respuesta a la vista y no podemos verla.

—Tienes razón. Como tú y Edward. Su amor siempre estuvo ahí y yo no era capaz de verlo. Lamento haber sido una terrible amiga, Margaret, espero que algún día puedas perdonarme. En poco tiempo también estarás casada y podremos visitarnos en nuestras propias casas. Todavía tengo cosas que contarte... pero ya será cuando regrese de nuestro viaje de bodas, justo antes de Navidad y a tiempo para tu gran casamiento. ¿Qué hay de ti? ¿Adónde irás? ¡Una boda en

Navidad será simplemente maravilloso!

—No hemos hablado sobre el viaje de bodas. Pensé que hoy podría hacerlo con Edward, pero...

—Sí... la prima lejana. E inconveniente, diría yo. Vivienne no sé qué... El duque de Wellington le ha avisado a la abuela apenas esta misma semana que vendría a la fiesta porque estaba de visita, pero por lo que sé, Margaret, ha venido a quedarse. No la pierdas de vista, algunas mujeres francesas son atrevidas y no tienen ninguna vergüenza.

—Eres injusta, no todas han de ser iguales.

—Pues esta parece encajar a la perfección. Si sabe que Edward está comprometido contigo, es una desfachatez exigirle que se pase la fiesta con ella colgada del brazo presentándole a todos.

—Edward toma sus propias decisiones, Elisabeth, no voy a defenderlo. Asumirá las consecuencias.

—Anímate, Edward solo ha tenido ojos para ti toda la vida.

A pesar de que ya tenía sus sospechas, Margaret no pudo evitar reflexionar sobre el asunto con el comentario de Elisabeth. La inesperada aparición de Vivienne Cooper, quien pasó la celebración colgada del brazo de Edward y lo había acaparado durante toda la velada, la estaba volviendo loca. Una elegante parisina que se mostraba demasiado afectuosa con su prometido, algo que le resultó desconcertante y, en el fondo, doloroso.

Vivienne Cooper, con su cabello castaño recogido en un moño adornado con una cinta de terciopelo azul marino que combinaba a la perfección con su vestido con demasiado escote, irradiaba una alegría desbordante; mientras Edward, aunque lucía incómodo, trataba de sonreír cada vez que Margaret observaba la escena desde lejos. Ella esperaba bailar con Edward al menos tres veces ese día, pero apenas habían cruzado miradas. La joven, sintiendo una punzada de celos, se escabulló hacia el campo de lavanda que ya perdía sus últimas flores; se dejó llevar por pensamientos sombríos, imaginó los peores escenarios, temiendo que la sombra de Vivienne amenazara su futuro con Edward. La promesa de matrimonio que habían intercambiado hacía algunos meses, antes de que su padre partiera hacia el nuevo continente, solo esperaba del regreso de este para casarse, pero esta desconocida ponía todo en la cuerda floja. O tal vez solo estaba exagerando... Mientras caminaba por el prado, sumida en sus pensamientos, una voz masculina y familiar la sorprendió.

—Tal vez deba regresar a la fiesta, lady Fitzpatrick. Su prometido podría inquietarse.

—Mi supuesto prometido parece tener hoy otros intereses —replicó Margaret, su voz teñida de resentimiento.

—Mi amada Margaret, no ha sido por mi voluntad esta distancia. Madeimoselle Vivienne está de visita y mi hermano ha desaparecido. Mis padres insisten...

—¿Así es como serán las cosas ahora, Edward? —lo interpeló, tuteándolo, como hacía en las escasas ocasiones en que estaban a solas—. ¿Una madeimoselle «no sé qué» aparecerá de repente y tú la llevarás del brazo en vez de a mí? Si mi padre estuviera en la ciudad, ahora mismo

estarías lamiendo tus heridas...

—No es lo que piensas...

—No me importa de qué se trate... Ve entonces, atiende a tu madeimoselle y olvídate de mí.

Con lágrimas contenidas y la rabia brotando en su pecho, Margaret salió corriendo, tanto como la falda de su vestido le permitió, alejándose de Edward. De vuelta en la fiesta, insistió a su madre para que se marcharan, alegando un dolor de cabeza. Mientras la celebración continuaba sin ellas, la desconsolada jovencita dejó atrás la felicidad de la boda, llevándose consigo el peso del despecho y el dolor de una posible traición.

Pasaron unos días hasta que Edward se presentó en la casa de los Fitzpatrick, cabizbajo y con el corazón en la mano. La madre de Margaret había salido. Estaban solos en el salón, acompañados solo por Grey, la doncella. El ambiente estaba impregnado con el aroma cálido de la canela, mientras la llegada del otoño comenzaba a enfriar la casa, aún sin fuego en la chimenea.

—Supongo que sigues enfadada, considerando que no ha respondido a ninguna de mis cartas —dijo Edward, con la mirada fija en el suelo.

—He estado ocupada —respondió ella sin mirarlo, mientras tomaba asiento en uno de los sillones tapizados en terciopelo azul.

—La crueldad no es algo que vaya acorde con su personalidad.

—Podría decir lo mismo de su indiferencia.

—No es indiferencia...

—¿Entonces de qué se trata? —replicó ella, clavando sus ojos grises en el joven que, incapaz de sostenerle la mirada, seguía de pie, vacilante, contando las flores diminutas de la alfombra.

Edward hizo una larga pausa y después susurró unas palabras, acercándose a ella y esperando que la doncella no lo escuchara.

—Ha ocurrido algo. Solo en ti puedo confiar. Te ruego que no me abandones cuando más te necesito.

El tono de su voz, lleno de desesperación, suavizó el corazón de Margaret. Sus ojos se encontraron y, con un gesto, le indicó a Grey que los dejara a solas. La doncella dudó un instante, pero luego se excusó para traer una bandeja de té, saliendo del salón y cerrando las puertas tras de sí.

—Has herido mis sentimientos, Edward. Ahora vienes a mí con alguna excusa. Espero que valga la pena escucharte, porque si no es así, no te lo perdonaré.

—Me conoces. Todo lo que soy es porque estás a mi lado.

—Te he dicho cientos de veces que no digas esas cosas. No existo para completar ninguna parte de ti. Ya eres mucho, Edward, y un día me cansaré de repetírtelo. Tienes que creerlo por ti mismo.

—Me has dado fuerza, me has dado confianza para creer que es verdad. Pero mi padre, Margaret..., no imaginas lo que es vivir con él. No puedo esperar a estar contigo, a que formemos

nuestra propia familia.

—Y ese día parece alejarse más, Edward. Podría no llegar nunca si no me dices pronto qué ocurre.

—Es sobre Ashley.

—Pensé que venías a explicarme tu comportamiento del otro día, y ahora vienes con esto. Tal vez me equivoqué contigo, Edward. Ashley ni siquiera está en Londres, como puede tener la culpa de nada...

—Por favor, escúchame... Es un asunto de vida o muerte. Necesitamos encontrar a Ashley.

Los ojos de Margaret se abrieron con sorpresa y una mueca de ansiedad se dibujó en su rostro. No sabía qué significaban exactamente esas palabras, pero un vacío en su estómago le decía que Edward no estaba mintiendo. Se acercó a él, le tomó las manos y lo invitó a sentarse a su lado en el sofá. Edward asintió y comenzó a hablar, explicando en detalle todo lo que sabía.

Madeimoselle Vivienne Cooper, una joven hermosa que pasaba de los veinticinco años, había llegado a casa de los Cooper unos días después de que una misteriosa carta la anunciara. El duque de Wellington había llamado a Ashley a su gabinete aquel día en que la carta llegó; y aunque Edward no supo nada de lo que se habló, vio a su hermano salir de la casa visiblemente molesto, mientras que el duque estuvo de pésimo humor el resto del día, gritando a los sirvientes y exagerando la bebida, algo inusual en él. El descubrimiento del heredero de lord Yardley, ocurrido unos meses antes, había impactado en Ashley de alguna forma, porque desde entonces estaba más petulante que nunca. Sin embargo, luego de la llegada de aquella carta, su petulancia se transformó en silencio y esa misma semana abandonó la ciudad sin dejar rastro. Su padre parecía enfadado, pero no preocupado, mientras que su madre expresaba su inquietud de maneras extrañas. El compromiso de Edward, que hasta entonces había sido motivo de alegría en la familia, se convirtió en un tema del que ya no se hablaba en la casa. Edward comenzó a preocuparse, no por Ashley, que no era la primera vez que se iba, sino por el misterioso mutismo que reinaba en la propiedad de los duques de Wellington desde la llegada de aquella carta.

Faltaban menos de tres meses para el casamiento de Edward y Margaret cuando apareció en su casa Vivienne, acompañada de una doncella y demasiados baúles. Lo extraño de su llegada, además de que nunca había escuchado de aquella prima, era la condescendencia con la que la trataba la duquesa y la indiferencia total que le demostraba el duque. A la mañana siguiente, cuando estuvieron todos a la mesa, su madre apenas habló durante la comida. Tanto ella como su padre habían permanecido con Vivienne encerrados en el gabinete por lo menos dos horas, mientras Edward sufría el acostumbrado tratamiento de siempre, siendo ignorado por todos en la casa. Mientras la doncella de Vivienne, que no hacía más que dar órdenes a las otras sirvientas en un aterrador francés, se ocupaba de preparar sus habitaciones, Edward daba vueltas por la casa esperando escuchar algo de lo que pasaba. Ashley ya llevaba fuera una semana y no había tenido noticias suyas. La boda de Elisabeth Wright y Jaime Arce, el barón de Birmingham, se celebraría en el fin de semana, y por lo que sabía tendrían que llevar a su prima, que prácticamente no

hablaba inglés.

Edward contaba a Margaret todo lo acontecido y ella lo escuchaba, pero comenzaba a impacientarse.

—En modo alguno esto explica por qué no me dijiste nada y mucho menos por qué tenía que estar esa prima colgada de tu brazo en la boda de Elisabeth. Y aún no me dices qué tiene que ver Ashley con todo esto. Bien, vino una prima tuya de visita que no conocías..., nos visitan familiares todo el tiempo, Edward, siempre que vienen a Londres, la verdad es que no tiene nada de particular.

—Llegaré a eso. Vivienne no habla inglés, ya te lo dije. Solo algunas palabras. Mi padre dice que debemos mantenerla callada y mi trabajo era ocuparla en la fiesta para que no conversara con nadie, demasiadas personas hablan francés en esta ciudad, en especial las jovencitas que asistirían a la boda de Elisabeth. Tampoco podíamos arriesgarnos a dejarla sola en casa.

Margaret soltó las manos de Edward y se cruzó de brazos, alejándose un poco de él. Quiso decir algo, pero él habló antes y ella se quedó sin aliento.

—Vivienne... —comenzó Edward, vacilante— no es tan solo una prima lejana, es la hija de un noble francés que está apenas emparentado con mi madre...

—¿Con tu madre? Pero... se apellida Cooper...

—Margaret, Vivienne es la esposa de Ashley... o la prometida. No lo sabemos bien. Ella dice que se casaron en París, tiene unos documentos... Mi padre está investigando si dice la verdad.

Margaret sintió un escalofrío recorrer su espalda. ¿La esposa de Ashley? ¿Por qué nadie lo sabía? ¿Y por qué Ashley la había dejado atrás?

—¿Esposa? —susurró Margaret, tratando de asimilar la información—. Pero... ¿por qué la abandonó en Francia? ¿Por qué no dijo nada a la familia?

Edward apretó los labios, su rostro reflejando una mezcla de culpa y tristeza.

—Vivienne dice que tiene un hijo de Ashley. Que él se fue de Francia cuando ella estaba a punto de dar a luz.

—Supongo que no es nada conveniente para el soltero más codiciado de Londres, el que se disputan todas las damas de alta sociedad, estar casado y mucho menos tener un hijo. No sé qué cosa es peor, si un hijo ilegítimo o un matrimonio en el extranjero del que reniega.

Margaret sintió una oleada de compasión por Vivienne, pero también de rabia hacia Ashley. Abandonar a una esposa era imperdonable. Pero todavía ella no entendía en que relacionaba todo este asunto a Edward, por qué decía que era un asunto de vida o muerte.

—¿Y qué quiere ahora? —preguntó Margaret, encontrando su voz de nuevo—. ¿Por qué ha venido a Inglaterra? ¿Qué tiene que ver contigo y conmigo?

—Quiere venganza —respondió Edward con un suspiro—. Vivienne siente que fue traicionada y abandonada. Quiere reclamar su lugar en la familia Cooper o, al menos, destruir a Ashley por lo que le hizo. Y para ello, ha traído consigo pruebas... pruebas que podrían arruinar no solo a Ashley, sino a todos nosotros. Quiere traer al niño a nuestra casa, dice que es un

Cooper. Su padre cayó en desgracia en París y ella está decidida a encontrar a Ashley para que asuma su responsabilidad. Te juro que no lo sabíamos, nadie lo sabía. Ha dejado a su hijo en Francia porque quiere solucionar las cosas pacíficamente, o eso dice. Le costó encontrarnos porque Ashley mintió sobre su residencia, pero igual terminó por ubicarnos.

Margaret se estremeció. La situación era más grave de lo que había imaginado. Vivienne tenía en sus manos la capacidad de destrozarse la reputación de los Cooper, de exponer secretos que podrían desencadenar un escándalo en toda Inglaterra. Su padre no le permitiría vincularse con aquella familia si eso salía a la luz.

—Entonces, tenemos que encontrar a Ashley antes de que ella lo haga —dijo Margaret con firmeza y poniéndose en pie—. Si lo encontramos, quizá podamos resolver esto antes de que Vivienne cause un daño irreparable, obligarlo a que asuma su responsabilidad. Le escribiré a mi hermana, su esposo tiene conexiones, tal vez podamos usarlas.

Edward asintió, agradecido por la determinación de Margaret. Sabía que necesitaba su ayuda, no solo para encontrar a su hermano, sino para lidiar con las consecuencias de los errores del pasado, errores que ni siquiera eran suyos. Se puso en camino hacia la puerta con la intención de marcharse.

—Ashley debe saber que ella está aquí —continuó Margaret, pensando en voz alta—. No importa lo lejos que haya ido, si supo de la llegada de Vivienne, querría esconderse, quizá la carta lo puso en sobre aviso. Pero si ella no lo ha encontrado todavía, significa que aún tenemos una oportunidad.

—Exactamente —respondió Edward, su mirada reflejando la misma urgencia—. Y no podemos perder más tiempo. Sabemos que Ashley tiene refugios aquí en Inglaterra, lugares donde podría esconderse. Comencemos por ahí.

Margaret se levantó, su corazón y sus pensamientos en precipitado galope. Mientras se dirigían juntos a la puerta, se detuvo y miró a Edward.

—Edward, hay algo que necesito saber... —dijo, con voz suave pero firme—. Si encontramos a Ashley y Vivienne lo confronta, ¿qué harás? ¿Estás dispuesto a protegerlo, incluso si eso significa dejar a Vivienne en la miseria?

Edward bajó la vista, sus pensamientos claramente divididos entre el deber familiar y la justicia.

—No lo sé, Margaret —admitió, alzando la vista hacia ella—. No sé si podré proteger a Ashley de esto. Pero lo que sí sé es que no permitiré que nuestra familia caiga por los errores de él. Debemos encontrar una solución, una en la que todos, incluso Vivienne, puedan encontrar paz.

Margaret asintió, satisfecha con su respuesta. Sabía que estaban a punto de entrar en una tormenta, pero también sabía que Edward tenía la fortaleza necesaria para enfrentarse a lo que viniera, siempre que ella estuviera a su lado. Estaban dispuestos a encontrar a Ashley antes de que fuera demasiado tarde. Edward se fue justo cuando la doncella entraba apresurada con una

bandeja de té y bizcochos. Grey respiraba sudorosa y apenas con un leve aliento logró articular una oración.

—Su hermana acaba de llegar.

—¿Lucy está aquí? ¡Ha llegado antes! ¡Gracias, Grey!

Lucy, la hermana mayor de Margaret, tenía un matrimonio de varios años con un conde escocés y visitaba Londres solo en ocasiones especiales. Había llegado con anticipación para ayudar en los preparativos de la boda de su hermana menor. Su marido, el conde de Darlington, se le uniría en unas semanas para sustituir al padre de Margaret en algunas diligencias hasta que él regresara a Inglaterra en diciembre. Cuando Margaret vio a su hermana se echó a llorar en su cuello y la abrazó con todas las fuerzas posibles. Le contó todo lo que su prometido le había confiado y en medio de las lágrimas le pidió ayuda.

El carácter de Lucy era apacible, al igual que el de su hermana; sin embargo, sentía un profundo deseo de justicia, y como su marido era un asiduo estudioso de las leyes, disfrutaba de conversar con él sobre todos los casos complejos que llegaban a su conocimiento. Este no fue la excepción, Lucy de inmediato escribió una carta al conde, pidiendo su intervención para investigar con sus conexiones si el matrimonio de Ashley con Vivienne era válido y si ella reclamaba con la verdad en sus manos. Lo siguiente que hizo fue asegurarse de que el futuro matrimonio de su hermana no se viera comprometido. Mandó al lacayo con un mensaje urgente solicitando una reunión con el duque de Wellington para ultimar detalles del casamiento, esto le permitiría ver la intención de los duques con la boda y si había en realidad dudas de aquella celebración. Esa visita le permitiría conocer a Vivienne, a quien sin duda invitaría a la casa a tomar el té, pues hasta donde ellas sabían, era solo una prima de la familia.

Lucy estaba segura de que todo aquello no tendría ninguna repercusión en la boda de Margaret, así que la convenció de secar sus lágrimas y ver todo lo que había traído para la celebración.

Mientras tanto, en los días que siguieron a aquel reencuentro de las hermanas, en la residencia de los duques de Wellington, Vivienne iba sintiéndose cada vez más cómoda en la casa. Cuando llegó el día en que Lucy, Margaret y su madre aparecieron en el salón de los Cooper dispuestas a discutir algunos detalles de la boda, Vivienne apareció antes que el duque, ataviada con un vestido púrpura de elegante diseño y con un exceso de bordados en las mangas. Mientras el trío de mujeres Fitzpatrick tomaba asiento en el salón, Vivienne se apresuró a sentarse también como si fuera la anfitriona de la casa. Habló en un inglés maltratado, pero con todas las intenciones de manipular aquella visita.

—¿Entonces van a casarse? Quiero decir, hace unos días las conocí en otra boda, bueno, no a ti —dijo señalando a Lucy.

—Lucy es mi hermana, la condesa de Darlington. Está aquí para acompañarme. Somos solo

dos hermanas, así que debemos apoyarnos —intervino con rapidez Margaret, en un perfecto francés. Quería asegurarse de que Vivienne supiera que podía entenderla sin problemas si le hablaba en su idioma natal.

Vivienne pretendió seguir interrogando a la familia, pero los esposos Cooper aparecieron casi al mismo tiempo y todo el grupo se puso de pie. La francesa hizo el intento de quedarse, pero el duque se apresuró a invitar a las Fitzpatrick y a su esposa a pasar al despacho, disculpándose en francés con Vivienne, diciendo que tratarían aburridos temas de la dote. La joven se quedó atrás visiblemente molesta, y el grupo desapareció. Cuando estuvieron ya en el despacho, todos se sentaron y la madre de Margaret inició la conversación con timidez.

—Su gracia, como usted sabe, mi esposo está ausente por razones de negocios, pero confío en que comprenderá que es mi deber asegurar que nuestra querida Margaret está adecuadamente provista en su futuro matrimonio con su hijo. Como ya hemos considerado el aporte de tres mil libras esterlinas como dote, que creemos será suficiente para garantizar el bienestar de ambos, necesitamos asegurar con usted que nuestros planes de la celebración están acorde a su gusto. No hemos recibido propuestas suyas sobre invitados adicionales. De hecho, a mi hija Lucy, quiero decir, a la condesa de Darlington y a su marido les preocupaba que la ausencia de mi marido pudiera retrasar algo y por eso hemos solicitado esta audiencia.

—Lo que quiere decir mi madre, su gracia, es que no hemos tenido noticias suyas desde hace algunas semanas y queremos asegurar que todo está en orden.

—¿Mi hijo Edward ha dicho algo inadecuado?

—No, su gracia, Edward ha sido un perfecto caballero, como siempre, es solo que esperábamos su lista de invitados desde hace ya tres semanas y no la hemos recibido —intervino Margaret.

—Entiendo. Mi esposa, la condesa, estará culminando algunos detalles. Mi hijo Ashley está fuera por negocios y pensábamos resolver algunos asuntos cuando él regresara, pero se ha tomado más tiempo de lo esperado. Pero si urge, nos encargaremos de eso. Honraremos nuestro compromiso, si es que el conde de Darlington tiene reservas, o usted, señora condesa. Todo el tema de la dote había sido acordado ya con lord Fitzpatrick antes de su viaje, no hay ninguna duda sobre eso...

—¡Jamás dudaría de su palabra, su gracia! Pero como usted sabrá, los jóvenes no tienen mucho en cuenta la importancia de enviar la invitación con tiempo suficiente, en particular a nuestros parientes lejanos, si queremos que asistan. Pero si esta misma semana podemos dejar resuelto ese asunto, creo que estaremos a tiempo. Imagino que su prima, Vivienne, que tuvo la gentileza de saludarnos a nuestra llegada, se quedará hasta la Navidad.

—Confiamos en que se marche antes —dijo con visible molestia el duque, pero continuó unos instantes después, bajando la voz—, tiene temas pendientes en Francia. Esperamos que mi hijo Ashley pueda escoltarla al volver.

—Nos ha extrañado no ver a Ashley, últimamente —dijo con genuina preocupación la madre

de Margaret, que no tenía ninguna idea de los acontecimientos que ya conocían sus hijas.

—Ashley resuelve algunos asuntos fuera de Londres, lo esperamos en cualquier momento —dijo la duquesa adelantándose a su marido, a quien ya el enfado comenzaba a notársele en las orejas.

Con una inclinación de cabeza y las cortesías habituales, las mujeres de la familia Fitzpatrick se pusieron en marcha. Cuando abordaron su carruaje, de regreso a casa, las hermanas mantuvieron el silencio todo el camino, mientras la madre iba criticando el atuendo de la prima Vivienne y su esperanza de que no asistiera a la boda, pues le parecía un familiar vulgar y poco merecedor de la amistad de los duques.

Las hermanas pasaron unos días de agradable complicidad, eligiendo vajillas y cortinas para la casa que ocuparía Margaret en Oxfordshire, una pequeña finca que había sido destinada para Ashley, pero que él ya había desechado para adquirir una de mayor tamaño en Londres. Edward aprovechó para reclamarla a su favor, a propósito del matrimonio, pues no tenía intención de seguir viviendo con sus padres. Mientras tanto, él visitaba a Margaret algunas tardes, sin noticias sobre Ashley. Una de esas tardes, ya terminando el mes de diciembre, Lucy recibió por fin respuesta de su marido. Aprovechando la ausencia de su madre, y antes de que Edward llegara en su tradicional visita vespertina, las hermanas se encerraron en el despacho de su padre para leer la carta del conde de Darlington.

Mi amada Lucy, lamento decirte que las noticias sobre esta mujer no son tranquilizadoras. Su padre, es, en efecto, un noble francés que apoyaba a Napoleón, recientemente ha perdido su título y los borbones se han asegurado de dejarlo en la ruina. Me temo que Ashley Cooper ha escapado de Francia por la misma razón, era un asociado de este Didier Dubois, el padre de Vivienne y de otras cuatro hijas, todas menores. Vivienne Dubois no se apellida Cooper, no tiene ningún matrimonio registrado y el único varón de la familia es el hijo de una de las hermanas de Vivienne, Marie, una chiquilla que escapó con un jovencito y enviudó poco antes de nacer su hijo este mismo año. La joven Marie regresó a casa con su pequeño y reside con su padre y el resto de las hermanas en las afueras de París. Entiendo que Vivienne no tiene hijos; y si bien se dice que iba a casarse con Ashley Cooper, heredero del duque de Wellington, la boda no se realizó porque Ashley rompió el compromiso y volvió a Francia cuando vio en peligro su vida. Creo, mi tesoro adorado, que esta mujer es una impostora y trata de adjudicarse con falsos documentos una vida que no le corresponde. Si ha presentado algún papel, deben asegurar al duque de Wellington que es falso. Algo más que deben saber, pero ya me pondré yo mismo en camino a Londres para aclararlo si es preciso, Ashley está en Escocia, corteja abiertamente a una viuda que le dobla la edad, debes conocer a lady Brianne. Por lo visto va a casarse con ella, o eso es lo que hemos sabido esta semana por la mismísima lady Brianne, que nos ha enviado una invitación. No estoy seguro de si debo

informar a Ashley que su familia lo está buscando y que esta mujer está intentando engañarlos a todos. Dime si debo hacerlo, Ashley piensa casarse con lady Brianne este mismo mes.

La carta del conde dejaba claro que esta mujer era una impostora y que Ashley seguía siendo el mismo sinvergüenza de siempre. Grey entró al despacho para anunciar a Edward. Las hermanas salieron en camino al salón dispuestas a contar lo que habían descubierto.

—Tu hermano ha roto su promesa de casarse con Vivienne, de hecho está preparando su boda con otra mujer, pero por lo que sabemos, nunca se casó con Vivienne y esta no tiene hijos —dijo con firmeza Lucy.

—¿Qué? Supongo que debemos decirle a mi padre. ¿Qué hay de Vivienne, cómo podremos deshacernos de ella? ¿Cómo podemos demostrar que los documentos que muestra son falsos? ¿Alguna idea?

—Edward, creo que deberías hablar con tu padre y dejar que él lo resuelva. Debes mantenerte firme en que esto no es algo que deba afectarte a ti. Debes hacer que tu padre responsabilice a Ashley, que sea él quien enfrente a Vivienne. No tienes nada que hacer en ello. Debes ponerlos a todos en su lugar.

Margaret dijo aquellas palabras con un ímpetu tal que parecía que estuviera dándole órdenes y no una sugerencia.

—Pero...

—Pero nada, Edward, ya Lucy y su marido han hecho mucho, el resto debes resolverlo tú. Si es que quieres casarte conmigo, debes enfrentar a tu padre y a Ashley. No tienes por qué protegerlo todo el tiempo.

Con aquellas palabras, Margaret le entregó a su prometido un sobre con los documentos que demostraban que los alegatos de Vivienne no eran ciertos, su matrimonio era una farsa y el reclamo de un hijo también.

El amanecer del invierno apenas asomaba cuando Edward, con el rostro endurecido por la tensión, se dirigió solo al salón familiar de los Cooper. La nevada de la noche anterior había cubierto todo el paisaje afuera, pero la quietud y la belleza invernal que dibujaban las ventanas no lograban apaciguar el torbellino de emociones que lo dominaba.

Sabía que ese día marcaría un antes y un después. Ya no podía posponerlo: debía enfrentar a sus padres con la verdad sobre Ashley y Vivienne, aunque eso significara quebrantar el silencio familiar que había reinado durante las últimas semanas. Margaret lo había apoyado y, gracias a la ayuda de su hermana Lucy y su futuro cuñado, el conde de Darlington, tenía las pruebas necesarias para desenmascarar la farsa en la que los Cooper habían estado envueltos. Sin embargo, el peso de la responsabilidad recaía ahora solo sobre él.

Entró al salón donde tanto el duque como la duquesa de Wellington esperaban para desayunar.

Vivienne aún no había bajado de sus aposentos. El ambiente en la habitación era sofocante, a pesar del frío del exterior. Las paredes estaban adornadas con retratos familiares, pero hoy, esos rostros severos y silenciosos parecían juzgar a Edward antes de que él siquiera pudiera hablar.

—Edward, no esperábamos verte tan temprano —dijo el duque con la mirada fija en su hijo.

—He venido antes porque hay algo de extrema importancia que debemos discutir y no quiero que Vivienne nos escuche —respondió Edward, su voz más firme de lo que se sentía por dentro.

—¿Es sobre la boda? —intervino la duquesa, sentada en un sillón junto a la chimenea, su expresión preocupada pero suave—. Sabes que todo está en marcha. No debes preocuparte, hijo.

Edward apretó los labios, reuniendo el valor para lo que estaba a punto de decir.

—No es sobre la boda, madre —respondió, volviendo la vista al duque—. Es sobre Ashley y Vivienne.

El nombre de su hermano mayor hizo que ambos padres alzaran las cejas, visiblemente tensos.

—¿Qué sucede con Ashley? ¿Sabes dónde está? —preguntó el duque con frialdad.

—Lo he investigado, pero hay algo aún más importante —dijo Edward, sacando los documentos del bolsillo interior de su chaqueta—. Vivienne no es su esposa. Nunca lo fue. Y Ashley... ha estado ocultando muchas cosas.

El duque frunció el ceño, extendiendo la mano para recibir los papeles. Mientras leía los documentos, su expresión se fue endureciendo aún más. La duquesa, alarmada por el silencio creciente de su esposo, se levantó de su asiento y caminó hacia él.

—¿Qué es lo que dice? —preguntó, su voz temblando con ligereza.

El duque arrojó los papeles sobre la mesa con un gesto de furia contenida.

—¡Ashley nos ha mentado a todos! —exclamó, levantándose con brusquedad de su silla—. Esa tal Vivienne, ella no es su esposa ni tiene ningún hijo de él. Todo ha sido una farsa para forzarnos a aceptarla.

—En cuanto a Ashley, se ha ido a Escocia. El último mes ha estado cortejando a una viuda rica con planes de casarse con ella.

La duquesa palideció, llevando una mano a su pecho.

—¿Escocia? —susurró, incrédula—. ¿Entonces por qué Vivienne sigue aquí? Nos ha estado diciendo todo este tiempo que Ashley... ¡Oh, Dios mío!

Edward asintió, manteniendo la calma ante el estallido de sus padres.

—Vivienne es una impostora. Lo que ha hecho es aprovecharse de la situación. Mi futuro cuñado, el conde de Darlington, investigó todo. Descubrimos que esa mujer no tiene ningún vínculo con nuestra familia. Su padre cayó en desgracia y ahora están en la ruina. Vino aquí para salvarse a sí misma y mantener la apariencia de un matrimonio que nunca ocurrió.

El duque, aún furioso, comenzó a pasear por la habitación, frotándose el mentón en un gesto de profunda frustración.

—¿Y Ashley? —preguntó con amargura—. ¿Qué demonios está haciendo en Escocia? ¿Qué pretende?

Edward respiró hondo antes de responder.

—Pretende casarse con lady Brianne, una viuda adinerada. La invitación a su boda ha sido enviada recientemente al conde de Darlington. Ashley se ha movido en secreto todo este tiempo. Supongo que sus ausencias prolongadas explican algunas cosas.

La duquesa se sentó de nuevo, incapaz de procesar la magnitud del engaño.

—Esto es un escándalo —murmuró—. Si todo esto sale a la luz... nuestra familia... nuestra reputación...

—No tiene por qué salir a la luz —dijo Edward, acercándose a sus padres—. Pero debemos actuar de inmediato. Vivienne debe ser expulsada de nuestra casa, y Ashley debe ser llamado a enfrentarse a las consecuencias de sus acciones. No podemos permitir que esto interfiera en mi boda con Margaret. Este es nuestro momento, y no lo dejaré arruinar. Él debe asegurarse de que Vivienne no vuelva.

El duque lo miró fijamente, valorando las palabras de su hijo. Aunque siempre había mostrado preferencia por Ashley, en ese momento pareció ver a Edward bajo una nueva luz. Al fin, con un gesto de aprobación, asintió.

—Tienes razón, Edward. Ashley deberá rendir cuentas. Yo mismo me encargaré de enviar a alguien a Escocia para traerlo de vuelta. Y en cuanto a Vivienne, hablaré con ella hoy mismo. Se irá de nuestra casa y de nuestras vidas para siempre. Si alguna promesa de Ashley la hizo ilusionarse, no justifica que falsifique documentos solo porque está segura de que él no está.

La duquesa, aunque todavía aturdida, se volvió hacia Edward con una sonrisa débil.

—Estamos orgullosos de ti, hijo —dijo—. Has manejado esto con valentía y sensatez.

Edward, sintiendo una oleada de alivio y satisfacción, asintió. Era la primera vez que sus padres le decían que estaban orgullosos de él. Sabía que el conflicto con su hermano aún no había terminado, pero había dado el primer paso para liberarse del peso que Ashley había puesto sobre su familia. Ahora podía mirar hacia adelante, hacia su futuro con Margaret, con la seguridad de que no había sombras que oscurecieran su camino.

La tarde de Navidad, la pequeña iglesia se iluminaba con la luz cálida de cientos de velas, creando un ambiente mágico y festivo. Las guirnaldas de pino y acebo adornaban cada rincón, y el suave tintineo de las campanas resonaba en el aire frío y claro. La nieve caía con suavidad, cubriendo el mundo exterior con un manto de pureza que reflejaba la felicidad que todos sentían por la boda de Margaret y Edward. Lucy y el conde de Darlington esperaban junto al resto de la familia, rebosantes de ilusión.

Dentro de la iglesia, Margaret aguardaba del brazo de su padre, lord Fitzpatrick, quien había regresado de su viaje justo a tiempo para llevar a su hija al altar. Su expresión, llena de orgullo y emoción, reflejaba la felicidad que sentía en ese momento, pero sobre todo, su ignorancia sobre los hechos recientes.

—Eres la imagen de tu madre el día de nuestra boda —dijo lord Fitzpatrick con una sonrisa, mientras observaba a su hija con amor.

—Gracias, padre —respondió Margaret, apretando suavemente su brazo.

—Espero que Edward merezca tu belleza y tu bondad.

—Padre, estoy segura de que es así.

Al otro lado del pasillo, Edward esperaba con ansiedad. Su rostro, iluminado por las velas, mostraba una mezcla de amor y alivio. El escándalo que había rodeado a su familia se había resuelto, y ahora nada podía interponerse en su felicidad con Margaret. Entre los invitados, Elisabeth Wright, la más íntima amiga de Margaret, sonreía con complicidad, recordando las tantas veces que habían imaginado ese día. Incluso Ashley Cooper y su nueva esposa sonreían al entrar, ya para ocupar los primeros bancos de la iglesia. Los murmullos no se hicieron esperar, y Ashley, como siempre, acaparó las miradas y, por supuesto, los murmullos.

—Si tan solo supieran todo lo que sé sobre él, no lo admirarían tanto —dijo Elisabeth Wright a su marido.

—No es asunto tuyo, Elisabeth. Deberías dejarlo en paz, después de todo, ha sido él quien ha descubierto que era yo el heredero de lord Yardley —le respondió, apretando con ternura su mano enguantada.

—Solo lo ha hecho por el dinero. Tal y como esta repentina boda. Es evidente que se ha casado con esa mujer por su fortuna.

—Tal vez deberíamos olvidarnos de Ashley y alegrarnos por Edward y Margaret, ¿no crees?

Cuando Margaret comenzó a caminar hacia el altar, los ojos de Edward parecían llenarse de lágrimas. Todo lo que habían atravesado, las dudas y los miedos, quedaba atrás en ese momento. Ahora solo existía el futuro que iban a construir juntos.

La ceremonia fue solemne y hermosa. Mientras el sacerdote pronunciaba las bendiciones, las palabras de amor resonaban en la iglesia.

—Te prometo que siempre estaré a tu lado, Margaret —susurró Edward, inclinándose para besarla—. Pase lo que pase, nunca más dejaré que nada ni nadie nos separe.

Cuando finalmente fueron declarados marido y mujer, un aplauso cálido resonó en la iglesia, mientras los invitados se levantaban de sus asientos para celebrar. Al salir, la nieve seguía cayendo, cubriendo el paisaje en una escena de cuento de hadas. Margaret y Edward, tomados de la mano, subieron al carruaje que los llevaría a la fiesta.

Vivienne era ahora solo un mal recuerdo. Ashley se casó con la viuda antes de que su padre pudiera confrontarlo en Escocia, pero se aseguró de escribirle a Vivienne amenazándola con llevarla a la cárcel si no desistía de sus intenciones.

La boda fue una celebración de amor y renovación, el comienzo de una vida llena de promesas. Entre el calor de las velas y la alegría compartida, Margaret y Edward supieron que, a

pesar de los obstáculos, habían encontrado su propio final feliz, envuelto en la magia de la Navidad. Cuando estuvieron solos, después de muchas horas de celebración familiar, sus cuerpos se entrelazaron y fueron uno para siempre. Ahora estaban seguros de que podrían superar cualquier adversidad.

Notas de las autoras

Cuando pensé por primera vez en la familia Wright no imaginé que llegaría tan lejos. Quería una familia inglesa para mi pequeña Elena, y ahí surgieron ellos... Y sus descendientes. Me han acompañado durante mucho tiempo, al igual que Matthew, el noble de quién ella se enamora. Así que escribí la historia de Matthew y Elena en el siglo XIX, y de Robert y Susana en el siglo XXI. Podía haber quedado ahí, pero aparecieron mis compañeras y el resto de los Wright fueron creciendo y teniendo su propia vida. Gracias a ellas por hacerlo posible. Y gracias también a todos los que le han dado una oportunidad a los Wright y han querido conocer sus historias.

May Bonner

Nunca imaginé, cuando me invitaron a formar parte de esta hermosa aventura para dar vida a los miembros de la familia Wright, que cada uno de ellos pasaría a ocupar un lugar tan importante en mi corazón, y en particular mi querida Charlotte. Acompañar a esta joven a lo largo de los años, verla crecer y evolucionar al tiempo que luchaba por amor y por superarse a sí misma ha sido un privilegio. Mil gracias a mis compañeras en esta aventura. Trabajar codo a codo con autoras tan talentosas es una de las alegrías que nos concede la escritura y siempre la atesoraré. Y gracias también a las lectoras que nos han acompañado en cada una de nuestras historias.

Claudia Cardozo

Un día me fue presentado Thomas Wright, primogénito de los Wright y vizconde de Berwick. Me incliné en reverencia ante él y, en esa pose rendida, permanecí unos instantes, pues el señor Wright me infundía tanto respeto como atractiva y atrayente me resultaba su persona. Pocas veces retraté la historia desde el punto de vista de un caballero, por lo que hacerlo en esta ocasión, y de mano de un auténtico noble, supuso un maravilloso reto. Compartir su historia y la de sus descendientes, conocer a su encantadora familia y acompañarlo por la senda del romance en esa preciosa campiña inglesa ha sido una aventura que nunca olvidaré. Gracias a mis compañeras, tejedoras de historias, por brindarme esta bonita oportunidad y permitirme caminar

a su lado, con botines acordonados, a lo largo del siglo XIX. Gracias por contar conmigo para este delicioso proyecto y propiciar esta experiencia.

Y mil gracias a las lectoras que nos siguieron durante toda la aventura.

Elizabeth Bowman

¡Ay, Linus!

El apuesto caballero de ojos azulinos. El libertino incorregible que jamás se casaría.

Linus Wright, el hombre de corazón indomable que, de forma inevitable, fue conquistado por el amor, ¡jamás te olvidaré! Tampoco a tu sensual descendiente, pues han dejado en mi alma una huella imborrable, al igual que las maravillosas compañeras junto con las que escribimos la historia de esta fascinante familia. ¡Gracias por siempre, chicas Wright! ¡Y por más proyectos como este!

Julianne May

Aileen Wright era una jovencita rebelde y de fuertes convicciones que se prometió a sí misma no desposarse con un noble, pero le estaba destinado un amor irrenunciable, a pesar de su terquedad y de un engaño que, visto desde fuera, era necesario. Fue recogiendo sus vivencias y sus sentimientos en un diario que, dos siglos más tarde, pasaría a manos de Wendy Sinclair, una de sus descendientes, a quien, llegado el momento, guiaría hacia el hombre al que siempre había amado. Unidas por la fuerza de sus corazones y por la valentía de la sangre de los Wright, una familia maravillosa a la que he tenido la suerte de conocer y querer gracias a mis compañeras, nos han demostrado que los imposibles, cuando el sentir nace del alma, no existen.

¡Gracias, chicas Wright, por esta inolvidable experiencia!

Raquel Gil Espejo

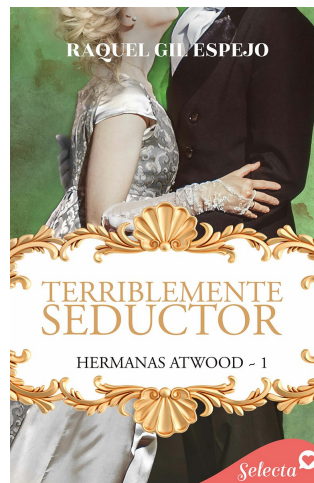
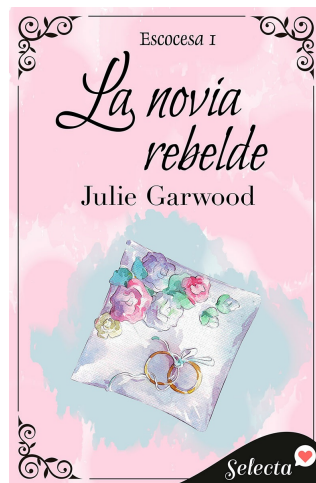
Conocer a la familia Wright a través de mis talentosas compañeras escritoras ha sido un placer inmenso. Encariñarme con la pequeña Elisabeth desde que la conocí en la primera novela y verla casarse y trascender en el tiempo a través de sus descendientes y su historia de amor fue una experiencia inolvidable y con seguridad a repetir. ¡Gracias a mis compañeras por este camino repleto de flores, besos y color! Gracias a la familia Wright por inspirar este trayecto inolvidable y a quienes nos acompañaron a recorrerlo leyendo nuestras novelas.

Arlene Sabaris

Si te ha gustado

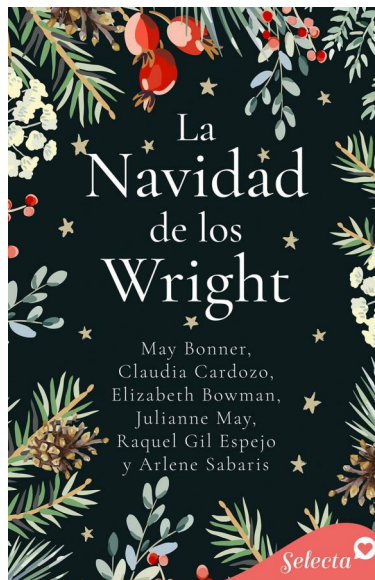
La Navidad de los Wright

puedes disfrutar de estas





Se dice que no hay Navidades como las antes, así que ¿por qué no trasladarnos a unas fiestas de Navidad en la época de la regencia inglesa?



Con una buena chimenea encendida, la nieve que cae fuera y todos reunidos alrededor de una mesa iluminada por candelabros...

La Navidad es una época de ajetreo y reuniones familiares. Los Wright nos invitan a pasarlas con ellos y descubrir cómo, con amor, se pueden superar las dificultades, ser generosos y hacer todo lo posible por contribuir a que sean felices los que nos rodean.

Los miembros de la familia Wright celebran la Navidad cada uno a su manera. Hay momentos para superar obstáculos, para sorprender con un regalo especial, para reafirmar el amor...

Podemos empezar a soñar...

Nací en Melilla y vivo en Barcelona. Estudié historia y periodismo. He trabajado como periodista en varias publicaciones. **May Bonner** es mi pseudónimo como escritora de novela romántica, y con este nombre he autopublicado *El verano que cambió mi vida* y *Un destino inesperado*, y también *Y que le gusten los perros, ¿no era una película?* en el sello eTerciopelo de Roca Editorial.

Claudia Cardozo (Lima, Perú 1982): Desde muy pequeña se dejó seducir por la magia de las letras, enfrascándose en la búsqueda de nuevas experiencias por medio de la lectura. Estudió una carrera relacionada con los números, la cual ejerce, pero dedica buena parte de su tiempo libre a escribir, leer y compartir momentos con su familia. Admiradora de Jane Austen, comparte en gran parte su visión de la vida.

Elizabeth Bowman, nació en Galicia la primavera de 1980 y desde niña vivió fascinada por la magia de los bosques gallegos y las leyendas oníricas que encierran sus paisajes.

Cursó estudios sanitarios aunque enseguida descubrió que su verdadera pasión era la literatura. Influenciada por los grandes autores gótico-románticos del siglo XIX (Austen, Poe, Radcliffe, Bécquer...) empezó a escribir sobre lo que hoy se ha convertido en su auténtica pasión: la época de Regencia, plasmando en sus escritos los mundos fantásticos, elegantes y apasionados que habitan su cabeza. Mundos plagados de damas y caballeros decimonónicos, vestidos de corte imperio y salones de baile ingleses, siempre con la verde campiña como telón de fondo.

A la edad de diecisiete años publicó un pequeño poemario que apadrinó el poeta gallego Manuel María. Desde entonces colabora ocasionalmente con revistas digitales, webs literarias y foros de romántica.

Julianne May, nacida en diciembre de 1985 en Buenos Aires, Argentina, es una autora de novela romántica.

Titulada en relaciones públicas, le encanta estudiar, pero su mayor pasión es crear mundos que le permitan viajar sin importar dónde esté. Es por eso que, desde muy pequeña, se ha dedicado a explorar el arte para alimentar esa llama interior. Sin embargo, solo en la escritura encontró el medio ideal para plasmar esos universos y, al sumergirse en las aguas de la romántica, supo que sería un viaje sin retorno.

Como fiel admiradora de Jane Austen, no pudo evitar enamorarse de la Regencia inglesa, y así surgieron la trilogía *Caballeros de las sombras* y la serie *Los Preston*.

Actualmente, aunque también escribe comedias, continúa navegando por el apasionante océano de las novelas románticas históricas.

Raquel Gil Espejo vive en Añora, su localidad natal, enclavada en pleno corazón del Valle de

Los Pedroches. Trabaja como Agente de Igualdad. Hace unos años, retomó esa pasión por la escritura que tuvo de niña y que la ha vuelto a abordar en plena madurez.

Como novelista, ha publicado, hasta la fecha, dieciséis novelas, siendo algunas de ellas: la serie «Inmarcesible», las novelas históricas *Entre la piel y el alma*, *Bajo el Puente de Rialto*, *El perfume de los céfiros* o la saga de las «Hermanas Atwood», ambientada en el Londres victoriano. Además de la novela de regencia *La rendición de Aileen*, proyecto conjunto con otras cinco autoras de Selecta.

Como poeta, forma parte del movimiento internacional Grito de Mujer o del Encuentro Internacional de Poesía Ciudad de Cabra; entre otros. Del mismo modo, participó en el II Encuentro de Escritores de Los Pedroches. En el año 2017, publicó su primer poemario, *Te olvidaste de Blancanieves*. En 2023, el segundo, *Sobreviviremos en el país de las caricias*, con la editorial Con M de Mujer. Es jurado del Premio de Poesía «Hilario Ángel Calero» ciudad de Pozoblanco.

Raquel es miembro de la Academia Española de Literatura Moderna y pertenece a la Asociación Andaluza Crea para el fomento de la Cultura.

Su mente inquieta y su pasión por la escritura hacen que siempre esté inmersa en un nuevo proyecto literario.

Arlene Sabaris. Dominicana. Autora de poemas, cuentos y novelas, es una profesional de las finanzas y los derechos humanos, que trabaja en el sector de cooperación internacional. Amante desde niña de las letras más que de los números, decidió completar su formación académica con diversos cursos de narrativa, corrección de textos y emprendimiento cultural. Realizó estudios técnicos de Periodismo en el Instituto Dominicano de Periodistas y una doble maestría en narración y creación literaria/ Guion de tv, cine y radio, en la Escuela Europea Des Arts.

Es colaboradora de varias revistas y miembro directivo del proyecto de promoción de la literatura escrita por mujeres, Fundación Anticanon. Pertenece además al cuerpo docente del primer diplomado de escritura creativa para escritoras del Caribe.

Ha recibido varios premios desde su niñez tanto en poesía como en narrativa, en la que destaca por los géneros de romance y misterio. Con la editorial Selecta de Penguin Random House ha publicado las novelas *Si me quisieras* y *Un Amor del pasado*, además de la trilogía *Romance en la colonia*, ambientada Santo Domingo, la primera ciudad de América,. Sus escritos también forman parte de las antologías *Grito de Mujer*, *Ritmo que late*, de Dominican Writers y *Mujeres Inspiradoras*, de Casa de Francia.



Penguin
Random House
Grupo Editorial

Edición en formato digital: diciembre de 2024

© 2024, May Bonner, Claudia Cardozo, Elizabeth Bowman, Julianne May, Raquel Gil Espejo, Arlene Sabaris

© 2024, Penguin Random House Grupo Editorial, S. A. U.

Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona

Diseño de portada: Bárbara Sansó Genovart

Imágenes: Shutterstock

Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección de la propiedad intelectual. La propiedad intelectual estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes de propiedad intelectual al no reproducir ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores. De conformidad con lo dispuesto en el art. 67.3 del Real Decreto Ley 24/2021, de 2 de noviembre, nos reservamos expresamente la reproducción y el uso de esta obra y de todos sus elementos mediante medios de lectura mecánica y otros medios adecuados a tal fin. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, <http://www.cedro.org>) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.

ISBN: 978-84-10012-25-7

Conversión digital: leerendigital.com

Facebook: penguinbooks

Facebook: SomosSelecta

Twitter: penguinlibros

Instagram: somosselecta

Youtube: penguinlibros

«Para viajar lejos no hay mejor nave que un libro».

EMILY DICKINSON

Gracias por tu lectura de este libro.

En **Penguinlibros.club** encontrarás las mejores
recomendaciones de lectura.

Únete a nuestra comunidad y viaja con nosotros.



Penguinlibros.club



Penguin
Random House
Grupo Editorial

   Penguinlibros

[1] «Mi ángel», en gaélico escocés.

Índice

La Navidad de los Wright

Sorpresa de Navidad

La marquesa de Wingrove tiene un secreto

Besos bajo el muérdago

Capítulo 1

Capítulo 2

Capítulo 3

Capítulo 4

Capítulo 5

Capítulo 6

Un obsequio inesperado

Capítulo 1

Capítulo 2

Capítulo 3

Carita de muñeca

Las intrigas de una boda

Notas de las autoras

Si te ha gustado esta novela

Sobre este libro

Sobre las autoras

Créditos

Notas